

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

ORQUIDEA ESCARLATA

FABA



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

1. — El dólar lo puede todo. — *Ralph Barby*.
2. — El vuelo del águila. — *Lou Carrigan.*
60. —Asustados como conejos. — *Ralph Barby*.
61. — El ídolo que vive. — *Curtís Garland.*
62. — El aliento del Kiai. — *Lou Carrigan.*

CLARK CARRADOS

ORQUIDEA ESCARLATA

Colección ¡KIAI! n.° 63
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -

MEXICO

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 1.248 – 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1978

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la
SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA. S. A. Mora la Nueva. **2.** Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

La joven estaba ligeramente inclinada hacia el suelo y parecía buscar algo. A Baxter le llamó la atención de inmediato.

Ella era muy rubia; alta y esbelta casi hasta la delgadez. El pelo era corto y formaba como una especie de casco en su cabeza, en la que destacaba el óvalo de su rostro, algo imperfecto, debido al leve saliente de pómulos. Pero el conjunto resultaba sumamente atractivo.

La joven vestía traje largo y se envolvía en una especie de capa de tejido espeso y suave, negra, con cuello blanco. Parecía ajena al movimiento que reinaba a su alrededor. Baxter calculó que era debido al objeto que, sin duda, había perdido momentáneamente.

Obedeciendo a un súbito impulso, se acercó a ella.

— ¿Puedo ayudarla, señorita? —se ofreció, galantemente.

— Si, Jimmy; resulta que se me ha caído uno de los pendientes...

—Perdone, pero no me llamo Jimmy.

Lila se irguió y volvió el cuerpo a medias. Con gran asombro, contempló al hombre que tenía a su lado.

—Vaya, además del pendiente, he perdido también a mi acompañante —exclamó.

Baxter sonrió.

—Yo no soy ningún pendiente, pero puedo sustituir muy bien a su acompañante, de modo que no le eche en falta. A menos, claro, que se trate de su esposo.

—No, no estoy casada... Y bien, si se ha marchado, él se lo ha perdido —dijo, sonriendo agradablemente—. Pero el pendiente...

De pronto, Baxter divisó algo que brillaba en el suelo, justo al bordillo de la acera. Se inclinó, cogió aquel objeto con dos dedos y lo levantó para que ella pudiera verlo sin dificultad.

—Su pendiente, señorita —dijo.

— ¡Oh, qué alegría! Le agradezco sinceramente su ayuda, señor...

—Baxter, Budd Baxter. Tengo otro nombre, George Washington, pero me parece un poco pedante usar el mismo que el de nuestro primer presidente, así que hago que la gente me líame Budd.

—Yo soy Cherry Coppins —se presentó ella—. Encantada de conocerle, señor Baxter.

Baxter aceptó de buena gana la mano que le tendían y hasta la retuvo unos segundos más de lo correcto.

—Ha recuperado su pendiente, pero el acompañante no da señales de vida —dijo—. ¿Me permite sustituirlo, al menos hasta la puerta de su casa?

Cherry se había puesto ya el pendiente en el lóbulo de la oreja, vacía hasta entonces. En sus ojos brilló una chispa de malicia.

—Por supuesto —dijo—. Pero yo vine al teatro en el coche de Jimmy y ahora...

—Yo tengo el mío a la vuelta de la esquina —declaró Baxter.

Cherry rompió la marcha. Baxter la observó de reojo. Era más alta de lo que aparentaba a primera vista, aun contando con la circunstancia de que sus zapatos tenían un tacón muy poco acentuado. La distinción innata y el refinamiento de sus modales era algo que saltaban a la vista en el acto.

Media hora más tarde, y después de una agradable charla en la que ambos habían comentado temas relacionados con la obra de teatro que acababan de presenciar, Baxter detenía su coche frente a un edificio de apartamientos. Galante, se apeó el primero y se apresuró a abrir la portezuela del lado de la joven. Entonces, Cherry dijo:

—Usted me ha ahorrado la infamia de volver sola a casa, además del importe de la carrera de un taxi. Por lo tanto, creo que debo pagarle invitándole a una copa en mi casa.

—Será un placer —se inclinó Baxter.

El departamento de Cherry era relativamente modesto, pero ella lo había decorado con gran gusto. Había un par de copias de famosos cuadros de maestros de la pintura abstracta, lo cual dio a Baxter una idea sobre las aficiones de la joven. Cherry, al entrar, se despojó de la capa y la arrojó sobre una butaca.

—Vamos a preparar esa copa —sonrió.

Baxter la contempló, mientras se movía. Le gustó la figura de la joven, tremendamente atractiva, con un tipo sensacional, realzado por el vestido, que quedaba sostenido por un par de hilos apenas visibles. Debajo de la parte superior apreció que no había nada. Los senos, pequeños, picudos, no necesitaban artificios para sostenerse perfectamente erguidos.

Se preguntó cuál era la profesión de Cherry. Quizá era..., pero más valía no hacer cálculos que luego podían resultar desagradablemente inexactos. Con la sonrisa en aceptó la copa que ella le tendía.

—De modo que tenía un acompañante, pero lo ha perdido —recordó Baxter.

—Me imagino lo que ha sucedido —respondió ella—. Trataba de engañarme, de otro modo no se comprende. Creo que era casado y que

se dio cuenta de que alguien le vigilaba.

—Y se marchó sin despedirse.

Cherry hizo un gesto.

—Con lo cual, ha labrado su perdición —exclamó jovialmente.

—Sí, perder a una mujer como usted debe significar el fin del mundo o algo por el estilo.

Rieron alegremente. Baxter era hombre que no solía retroceder ante una aventura amorosa, en circunstancias normales, pero le pareció que Cherry no era una mujer fácil. Y no quiso herirla haciendo insinuaciones que ella podía tomar a mal. La invitación había sido hecha espontáneamente, sin malicia alguna; por lo tanto, lo mejor era no estropear la noche con algunas frases que podían echarlo todo a perder.

De repente, llamaron a la puerta. Cherry dijo: —Discúlpeme, Budd. —Claro.

Ella cruzó la sala y abrió. La figura de un hombre apareció en el acto ante sus ojos.

—Dispénseme, señorita Cherry —dijo el que, evidentemente, era el conserje de noche—. No la vi cuando llegó y se me pasó entregarle este paquete que dejaron para usted esta misma noche, después de haberse marchado...

Cherry tornó la caja que le entregaba el individuo.

—Está bien, no se preocupe, Andy, muchas gracias.

—A usted, señorita.

La puerta se cerró de nuevo. Cherry se volvió, con el paquete en las manos.

—Pesa muy poco, luego no es una bomba —dijo alegremente.

—Pero ¿quién podría quererla a usted tan mal? —exclamó Baxter.

Cherry rió suavemente. Deshizo el nudo de la cinta que sujetaba el papel de la envoltura, quitó ésta y dejó al descubierto una caja transparente, en el interior de la cual se divisaba una flor de vivo color rojo. Parecía hecha de llamas petrificadas, merced a alguna fórmula mágica.

La risa de Cherry se cortó en el acto. Baxter la miró y vio que había palidecido horriblemente.

— ¡La orquídea escarlata! —dijo la joven, con voz en la que se transparentaba un terror infinito.

* * *

Repentinamente preocupado, Baxter se acercó a Cherry y le quitó la caja de las manos.

—Dígame, ¿qué es lo que sucede? —preguntó.

Cherry le dirigió una mirada implorante.

—Dos amigas mías recibieron también una orquídea igual a ésta. Ambas han muerto misteriosamente.

—Cherry, por favor...

—Se lo juro, es la pura verdad.

—Lo encuentro muy extraño —manifestó Baxter—.

Esas muertes misteriosas sugieren la idea de un asesinato. ¿Lo considera usted así? Cherry asintió.

—Pero la policía no pudo probarlo y el informe emitido dijo que eran muertes causadas por fallo cardíaco —repuso—. Sin embargo, ellas murieron después de haber recibido la orquídea escarlata.

— ¿Cómo lo sabe usted?

Ella vaciló un tanto.

—Hace... algunas semanas, recibí una llamada telefónica. Alguien me dijo que debía volver a mi anterior trabajo o recibiría una orquídea escarlata. Yo me negué... y ahora...

—Perdón. Cherry. ¿En qué consistía su trabajo?

El rostro de la joven se puso súbitamente encarnado.

—Por favor, no me pregunte...

Baxter creyó entender. Después de una leve pausa, Cherry añadió:

—Estuve allí escasamente un año. Ciertamente, ganaba mucho dinero, pero acabé por odiar aquel género Y no era yo la única, créame; por eso, unas cuantas nos pusimos de acuerdo y decidimos abandonar la profesión. Yo encontré un buen empleo en unos grandes almacenes; soy maniquí y ahora me siento mucho mejor...

Cherry, apreció Baxter, se hallaba terriblemente alterada. Baxter tomó una de sus manos y la palmeó con gestos afectuosos.

— ¿Me permite un consejo?

—Sí, claro...

—Váyase de Nueva York una temporada. Tengo la impresión de que a usted la aprecian mucho en su nuevo empleo y volverán a admitirla cuando regrese. Si de veras cree que se trata de una amenaza de muerte, lo mejor, aunque parezca cobardía, es poner tierra de por medio. Haga lo que le digo, Cherry.

Ella forzó una sonrisa.

—Sí, creo que es una buena idea. Mañana hablaré con el jefe de personal...

—Por cierto, ¿quién es el que la amenaza?

—No lo sé, Budd. Hablé con cierta persona, la... la directora de la casa donde trabajaba antes..., pero ella negó rotundamente toda relación con esas muertes. Me dijo que no éramos las únicas en haber dejado el oficio después de haberlo ejercido durante una temporada y que si iba a matar a todas las que habían pasado por allí y se habían

marchado después, estaría un año entero pegando tiros. Francamente, Budd, no sé de quién proviene la amenaza.

— ¿Algún enamorado celoso o despechado?

Cherry negó con la cabeza.

—El único que me había atraído un poco era Jimmy, pero ya ha visto; me dejó plantada a la salida del teatro, sin despedirse siquiera...

—A veces, los hombres se enamoran y no dicen nada.

—De todos modos, lo ignoro, aunque seguiré su consejo y me iré de Nueva York durante una temporada —sonrió Cherry—. Gracias por todo, Budd.

—He hecho muy poco y me gustaría hacer algo más...

—Ya no será necesario.

Baxter entendió que ella le despedía y no quiso insistir. Pero cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta, se volvió hacia la joven.

—A propósito, ¿cuál es el nombre de la casa donde trabajaba antes? —inquirió.

Cherry volvió a ponerse colorada.

—Salón Honey —contestó.

Las cejas de Baxter se alzaron.

—El Salón Honey —repitió.

—Conoce el lugar, ¿verdad?

—Estuve una vez, prácticamente a la fuerza, acompañando a un amigo, aunque me marché a los pocos minutos. Ni siquiera llegué a conocer a la que usted llama directora, aunque sé su nombre, Honey Graham.

—Sí, ése es su nombre —convino Cherry, con voz tensa.

—Hablaré con ella. Váyase de Nueva York, Cherry.

—Lo haré, Budd.

La puerta se cerró. Al quedarse sola, Cherry dirigió su vista hacia la caja de celofán que contenía la orquídea. Un helado escalofrío recorrió su espalda y no precisamente porque el vestido la dejase al descubierto.

De pronto, tomó una decisión. Agarró la caja y se encaminó con ella hacia la cocina. El triturador de desperdicios era el mejor destino que podía dar a aquella flor fatídica.

Una vez en la cocina, conectó el triturador y levantó la tapa de la caja transparente. Entonces, un chorlito de gas brotó de la corola de la orquídea.

Cherry gritó. La flor se desprendió de unas manos, repentinamente sin fuerza, Ella trató de huir, pero se desplomó en el umbral de la puerta de la cocina. Durante unos segundos, jadeó penosamente en busca de aire, pero no tardó mucho en adquirir una total inmovilidad.

CAPÍTULO II

La noticia saltó a las primeras páginas de los diarios de la tarde. Baxter la leyó, profundamente consternado.

Cherry muerta... Le parecía imposible que una joven tan encantadora fuese ahora un pedazo de carne fría, metido en el refrigerador de la Morgue. Así pues, sus tristes presentimientos se habían cumplido, pensó, Heno de amargura.

La noticia no era demasiado pródiga en detalles. El forense que había reconocido el cadáver había declarado fallecimiento por paro cardíaco.

Cherry lo había anunciado. Era la tercera joven muerta por haber recibido una orquídea escarlata. ¿Qué obseso se dedicaba a matar muchachas que no querían continuar trabajando en un oficio abyecto y denigrante?

Durante largo rato, permaneció sentado en el diván, reflexionando, con absoluta concentración, en lo ocurrido. De pronto, tomó una decisión.

Tim Koye, su criado, había salido, puesto que tenía la tarde libre. Baxter se levantó y caminó hacia el muro opuesto, apoyando el índice en un punto determinado, sólo conocido por él y su criado. La mitad del muro se deslizó silenciosamente a un lado, dejando al descubierto una estancia en la que había varios televisores y un teléfono con centralita. Era su cuarto secreto de comunicaciones, por medio del cual podía ponerse en contacto con el director de la agencia Digest Press, de la cual era propietario.

Denis Gray se hizo visible a los pocos segundos, en una de las pantallas. El rostro cuadrado, de rasgos graníticos, enmarcado por un pelo gris y áspero, mostraba una expresión irónica.

—Has tardado mucho, Budd —dijo Gray.

—Apostaría algo a que te imaginabas que iba a llamarle, Denis.

Gray alzó un diario de la tarde.

—La chica muerta —dijo.

—Pero tú no sabías que yo la conocía...

—Os vi anoche, a la salida del teatro. Yo iba con mi mujer y me di cuenta de que te acercabas a ella. No quise decirte nada, para no estropear tu conquista, pero hace poco, al ver el periódico con la

fotografía de Cherry Coppins, supuse que no tardarías mucho en llamarme. Ahora bien, lo que no comprendo es qué puede interesarte una muerte casual. El periódico dice que se trataba de una bella maniquí, que ya empezaba a cobrar renombre. He otro modo, no se habría publicado la noticia en primera plana.

—Denis, Cherry ha muerto asesinada.

—No me digas —se burló Gray.

— ¿Has oído hablar del Salón Honey?

Gray hizo un gesto despectivo.

—Yo no frecuento esos antros de corrupción —declaro— Pero Cherry no trabajaba allí...

—Trabajó en tiempos y se despidió. Alguien, sin embargo quería que volviese al salón.

— ¿Quién, Budd? —preguntó Gray.

—No lo sé. Ella misma lo ignoraba. Le sugerí la idea de un enamorado celoso, pero lo negó. Pero yo estaba, cuando recibió la orquídea escarlata y la vi terriblemente asustada.

— ¿Una orquídea escarlata? —se extrañó Gray. Baxter le explicó cuanto le había relatado Cherry sobre el particular. El escepticismo de Gray empezó a desaparecer.

—De todos modos, no creo que Honey se complique la vida asesinando a las chicas que abandonan su *cuadra* —dijo—. El negocio le rinde demasiado para estropearlo con unos crímenes cometidos por venganza.

— ¿Qué sabes del Salón Honey? —preguntó Baxter.

—Bien, es un lugar de gran lujo, con toda clase de refinamientos, donde, en apariencia, unos caballeros adinerados se reúnen para charlar de sus asuntos, sin temor a ser molestados. Hay un par de salas de juego, donde, la verdad, no se derrocha el dinero en los naipes o la ruleta..., pero la realidad es que todo esto enmascara el verdadero fin del salón: un prostíbulo, todo lo elegante y caro que se quiera, pero prostíbulo al fin y al cabo.

—Dirigido por Honey...

—Honey Graham, apellidada así por su matrimonio con un nativo. Ella es brasileña, mestiza y, en realidad, fue su difunto esposo el que concibió y puso en marcha el negocio. Pero, ciertamente, fue Honey quien le dio el auge y el renombre de que goza actualmente.

—De modo que ella es viuda.

—Sí, su esposo falleció hará un par de años, atropellado por un automóvil. Estaba borracho y cruzó la calle despreocupado por completo de que había semáforos.

—Sí, los semáforos están para algo —dijo Baxter pensativamente —. Denis, ¿cómo sabes tantas cosas? Gray se echó a reír.

—Me lo figuré después de leer la noticia y examiné nuestros

archivos. No es demasiado lo que tenemos de Honey, pero algo hay; lo que ya sabes.

Baxter asintió.

—Tengo que hacer algo —murmuró—. No puedo quitarme de la mente a esa hermosa muchacha. Fue un día pecadora, pero luego se regeneró y... alguien quería que siguiese prostituyéndose. Eso es algo que no puedo perdonar, Denis.

—Ten cuidado, caballero andante —aviso Gray—. Los negocios como el Salón Honey suelen disponer de protección a muy altos niveles.

— ¿Piensas que pueden hallarse implicados políticos o personajes de importancia?

—Quizá. Debes contar con ello; no se sabe que el salón haya sido clausurado una sola vez o su dueña haya sido procesada por inmoralidad. Alguien protege el negocio, Budd, de eso puedes estar seguro.

—Lo tendré en cuenta. Muchas gracias, Denis.

El televisor se apagó. Baxter salió del que llamaba su cuarto de comunicaciones, que disponía de líneas directas con la agencia y, sin perder más tiempo, se vistió y salió a la calle.

Media hora más tarde, entraba en la Morgue.

El empleado hizo salir el cajón refrigerado y levantó una punta de la sábana que cubría el cuerpo de Cherry. Baxter contuvo un estremecimiento al ver el bello rostro de la joven, a la que había conocido menos de veinticuatro horas antes, pletórica de vida y estallante de hermosura. Ahora no era más que una estatua inanimada, de la que la vida había huido por completo.

Había algo, sin embargo, que le extrañaba profundamente.

—El forense dictaminó muerte natural, por paro cardíaco —dijo —. Siendo así, ¿por qué la han traído al depósito de cadáveres, en lugar de llevarla a una funeraria?

—No tenía familia —respondió el empleado, sobriamente.

—Yo me encargaré de todo lo concerniente a los funerales y la sepultura, pero antes... ¿Quién es el forense que certificó la defunción de la señorita Coppins?

—Sherman, cuarta planta, despacho D-9.

—Gracias.

—El doctor Sherman era un hombre bajito, de cráneo mondo y picudo en cuya minúscula nariz cabalgaban, con dificultad unos lentes de montura de oro. Estaba a punto de marcharse, a juzgar por los papeles que iba metiendo en una cartera de mano y el sombrero que ya tenía sobre la mesa de trabajo.

—Doctor. . —empezó a decir Baxter, pero el forense le interrumpió secamente.

—Tengo prisa, vuelva otro día —dijo, sin mirarle siquiera.

—Se trata de una joven que fue encontrada muerta esta mañana en su apartamento. Usted ha certificado la defunción como debida a un paro cardíaco.

— ¡Ah, sí, la recuerdo…! Eso es, paro cardíaco. Buenas noches —habló Sherman, a la vez que se encasquetaba el sombrero y agarraba la cartera repleta de papeles.

La mano izquierda de Baxter se cerró en torno al brazo del forense, cuando éste pasaba por su lado.

—No tan de prisa, *destripamuertos* —dijo—. Quiero que le haga la autopsia al cadáver de Cherry Coppins. Esa joven no murió a consecuencia de un paro cardíaco. La asesinaron.

El doctor Sherman miró, de hito en hito, al hombre que formulaba tan sorprendente declaración.

—Oiga, amigo, si tiene sospechas de que se ha cometido un crimen, vaya a la policía. Yo sólo haré la autopsia cuando me lo ordene alguien con autoridad suficiente, ¿entendido?

—Doctor, el cuerpo de la señorita Coppins fue traído aquí porque no se le conocían familiares. Pero me tenía a mí y ella me expresó sus vehementes temores de que iba a ser asesinada. Usted está a sueldo de la ciudad y yo soy un habitante de la misma ciudad, que paga puntualmente todos sus impuestos. Por tanto, exijo que se realice la autopsia. En cuanto a la policía, yo me encargaré de notificar lo que sé sobre el particular. ¿Entendido?

Los ojos de Sherman escrutaron el rostro del hombre que tenía a su lado. Vio energía y resolución en unas facciones juveniles y también captó una nota de autoridad en la voz de Baxter, que no podía por menos de impresionarle vivamente.

—Hoy he trabajado mucho. Estoy fatigado —se defendió débilmente.

— ¿Mañana? —sugirió Baxter.

Sherman lanzó un largo suspiro.

—Mañana —confirmó.

Baxter le entregó una tarjeta de visita.

—Llámeme en cuanto sepa algo, por favor. ¡Ah! Y por supuesto, los gastos de entierro van por mi cuenta. . Dígaselo así a quien corresponda, doctor.

Minutos más tarde, Baxter abandonaba el tétrico edificio, sin comprender, en absoluto, la forma en que había podido ser asesinada Cherry. Indudablemente, se trataba de veneno, pero no cabía la menor duda de que tenía que ser un tóxico de efectos muy particulares, puesto que había engañado a un hombre tan experto como el doctor Sherman.

La duda surgía casi en el acto. Más que preguntarse quién había

envenenado a Cherry, era preciso preguntarse por la forma en que le había sido administrada la dosis de veneno fatal. ¿Cómo lo había hecho el asesino?

Sus pensamientos se vieron cortados, de pronto, por la insólita presencia de dos sujetos que se situaron bruscamente a ambos lados. Dos manos se apoderaron de sus brazos y le empujaron firmemente hacia un largo automóvil negro, situado a pocos pasos de distancia.

—Camine y no haga ruido —dijo uno de los sujetos, a media voz.

—O antes de un minuto, se encontrará de nuevo en ese edificio del que acaba de salir —añadió el otro.

Baxter miró a derecha e izquierda. Todo parecía normal en la calle. Los escasos transeúntes que circulaban por la acera en aquellos instantes, no parecían haber reparado en la maniobra. Baxter pensó que sus actividades habían llegado demasiado pronto a oídos de alguien interesado en que no se supiera la verdad de lo ocurrido a Cherry Coppins.

De pronto divisó frente a él a un matrimonio de mediana edad que venía caminando en dirección opuesta. El hombre usaba un bastón para andar, aunque no parecía estar impedido.

—Permitan un momento, muchachos —dijo—. Ahí, vienen unos amigos y quiero saludarles antes de irme con ustedes. Les prometo no decirles nada...

Antes de que los dos matones pudieran objetar su decisión, Baxter se desasió de ellos y saltó hacia el caballero, arrebatándole el bastón de un manotazo, para iniciar, acto seguido, un giro velocísimo que le llevó a enfrentarse de nuevo con los dos individuos, ambos vivamente sorprendidos por la inesperada reacción del hombre que habían creído fácil presa.

Ahora, Baxter experto en todas las artes marciales orientales, cosa que seguramente ignoraban sus atacantes, disponía ya de un arma para defenderse; el bastón, que usaría como la *katana* o sable de *samurái* japonés. Vio que uno de los hampones se disponía a sacar un arma y dirigió hacia él su primer golpe.

El bastón cayó rápida y contundentemente sobre una muñeca, cuyos huesos crujieron de forma ominosa. Se oyó un aullido de dolor y el destinatario de aquel golpe se olvidó de todo, para concentrarse exclusivamente en el miembro afectado. El otro, algo más lento, parecía indeciso, sin saber qué hacer. Cuando quiso actuar, el bastón le golpeó en la frente, haciéndole ver todas las estrellas del universo.

El hombre vaciló. Baxter se disponía a repetir el golpe cuando, de súbito, advirtió un nuevo peligro.

Había quedado un tercer individuo en el coche y le estaba apuntando con una pistola. Baxter actuó relampagueantemente: el

bastón salió disparado como si fuese un venablo y su contera golpeó durísimamente la boca del individuo, quien cayó en el acto, hacia atrás, en su asiento.

El bastón rebotó un poco y rodó por la acera. Baxter lo recuperó con enorme rapidez. Un par de golpes más, acabaron por dejar fuera de combate a los dos sujetos que le habían atacado primeramente.

Cuando vio que el encuentro podía darse por terminado, buscó con la vista al propietario del bastón. No lo encontró; sin duda, atemorizado, había escapado del lugar, junto con su esposa.

Pero algunos curiosos, atraídos por la pelea, empezaban a agolparse en las inmediaciones. Aunque le hubiera gustado muchísimo conversar con alguno de sus atacantes, Baxter juzgó que lo prudente era emprender una discreta retirada. Instantes después, desaparecía en su coche, sintiéndose muy preocupado por la rapidez de reacción del hombre que había empleado un veneno indetectable para deshacerse de la encantadora Cherry Coppins.

* * *

—Soy él teniente Jamison, de Homicidios —se anunció el visitante, en la tarde del día siguiente—. ¿Puedo hablar con el señor Baxter?

Tim Koye asintió, a la vez que se echaba a un lado.

—Le anunciaré, teniente —dijo.

Baxter se hallaba en su gabinete de trabajo, consultando un libro sobre venenos y se levantó de inmediato, apenas conoció la noticia de la visita. Momentos después, estrechaba la mano del policía.

—Me imagino que viene oficialmente, pero le aseguro que no lo divulgaré y quedará entre ambos —sonrió—. ¿Qué le parece un buen escocés con dos cubitos de hielo?

—¡Magnífico! —aceptó Jamison, con la sonrisa en los labios—. Pero mientras lo prepara, usted puede ir diciéndome cuáles son los motivos que le han impulsado a interesarse por la muerte de Cherry Coppins.

—Cuando usted está aquí, es que ya no se trata de un fallecimiento por causas naturales —manifestó Baxter, mientras preparaba los dos vasos—. ¿Qué veneno mató a Cherry, teniente?

—Aun no lo sabemos. El doctor Sherman ha encontrado en el cuerpo de la víctima, efectivamente, rastros de un potentísimo veneno,

de acción casi instantánea, pero que no ha sido capaz de identificar todavía—. Jamison aceptó el vaso que le tendía Baxter—. ¿Cómo pude sospechar usted que se trataba de un asesinato? —insistió.

—Verá, teniente. —Baxter relató la forma en que había entablado conocimiento con Cherry, incluyendo la recepción de la orquídea escarlata—. Ella habló de dos amigas suyas también muertas, pero no me dio sus nombres. Lo único que puedo decirle es que todas habían trabajado una temporada en el Salón Honey y que habían decidido abandonar ese género de vida. Alguien, por lo visto, tomó a mal esa decisión.

—Y quería que las chicas volviesen allí —dijo Jamison, pensativamente.

—Exacto. Cherry dijo haber recibido una llamada telefónica de un desconocido, conminándola a volver de nuevo al Honey. Si se negaba, recibiría una orquídea escarlata..., como así sucedió, efectivamente, y en mi presencia.

Jamison pareció sentirse satisfecho con las explicaciones de Baxter.

— Le agradezco mucho sus informes —manifestó—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Hágala, amigo mío —accedió Baxter, benignamente.

— ¿A qué se dedica usted? Porque no es detective privado…

Baxter sonrió,

—Poseo una agencia de recortes de prensa, la Digest Press —respondió—, Es un negocio muy saneado y que marcha mejor cada día.

—No me cabe la menor duda. Ha sido un placer, señor Baxter—, se despidió el policía.

Al quedarse solo, Baxter encendió un cigarrillo. Durante unos segundos, contempló distraídamente las volutas de humo.

De pronto oyó a sus espaldas la voz de Tim Koye:

—Presiento que el señor se pone nuevamente en campaña. ¿Debo prepararle alguna indumentaria especial?

Baxter sonrió, a la vez que giraba en redondo.

—Eres la perla de los criados, Tim —dijo—. Sí, ropas discretas... y un impermeable—. Miró a través de la ventana—. La noche está metida en agua —añadió.

CAPÍTULO III

El suelo parecía un espejo negro, que devolvía los centelleos de las luces multicolores de las calles. Con el cuello impermeable subido hasta las orejas, Baxter levantó un poco la cabeza para cerciorarse de que había llegado al lugar deseado.

Suspiró. Cuarenta y ocho horas antes, había estado allí apañando a una mujer joven y hermosa, que ahora no era más que un frío montón de carne inanimada. Una cólera sorda se apoderó de su ánimo unos segundos después, dirigida hacia el autor del crimen execrable. Pero tenía la sensación de que había más de una persona implicada en el asunto.

Entró en el edificio. Aunque no tenía la llave del apartamento de Cherry, sabía cómo abrir la puerta. Maquinalmente, acarició con la mano la llave maestra que tiempo atrás le había construido un tipo muy hábil, en paso de un favor que pocos hubieran querido hacer. Para cierto tipo de cerraduras, buenas, pero construidas en serie, aquella llave resultaba infalible.

Minutos después cerraba a sus espaldas, la puerta del departamento. Con ojos vagamente melancólicos, recorría el salón. Le parecía mentira que una mujer tan atractiva como Cherry estuviera muerta.

En uno de los ángulos de la sala, había un secreter. Con la esperanza de hallar un indicio, empezó a registrar el mueble. Vano empeño; un cuarto de hora más tarde, dio por terminada la tarea, sin el menor resultado positivo.

Pasó al dormitorio. Todo el equipo personal de Cherry aparecía en su sitio, aunque resultaba evidente que la policía había practicado ya un registro a fondo. Pensó que tal vez resultaría conveniente hablar con el teniente Jamison sobre el particular. ¿O quizá era mejor no mostrar un excesivo interés por el caso?

Entró en el baño. Tampoco allí había nada de particular, salvo los objetos de asco que indicaban el buen gusto de Cherry. Ya sólo le faltaba la cocina por examinar.

Sobre una mesa, divisó algo que llamó su atención: una flor ya marchita. El color rojo de la orquídea que había visto entregar a Cherry se había transformado ya en un tono violáceo repulsivo. La flor

estaba situada, de cualquier forma sobre la mesa, como si alguien la hubiese arrojado allí desde un par de metros de distancia. Faltaba la caja de celofán.

Buscó en el cubo de la basura. Si, allí estaba la caja, que sacó para ver de conseguir hallar una pista sobre el lugar en que había sido adquirida la flor. Al examinarla con más detenimiento, creyó ver algo que no parecía normal en un objeto de aquella clase.

En el interior de la tapa había un hilo finísimo, transparente, de tal modo, que resultaba difícil de ver, si no era en determinadas condiciones de iluminación. Se preguntó cuál podría ser el objeto de aquel hilo, situado en la tapa y no en el tondo de la caja donde su presencia debería haber sido más lógica, ya que era preciso sujetar la flor durante el transporte.

De repente, cuando más abstraído estaba, oyó una voz a sus espaldas:

— ¡Suelte eso inmediatamente, señor entrometido!

* * *

Baxter giró lentamente, para enfrentarse con una hermosa mujer, en cuya enguantada mano derecha brillaba el pavonado metal de una pistola de pequeño calibre. Le pareció que debía ser hermosa, porque era joven, aunque la mayor parte del óvalo de su rostro quedaba oculto por la máscara que eran unas enormes gafas ahumadas.

También era muy esbelta, por lo menos, de la cintura para abajo, ya que llevaba una especie de malla muy ajustada, con botas blandas de media caña, debajo de una chaqueta corta de cuero, que llegaba a las que se adivinaban espléndidas caderas. Toda la indumentaria era de color negro, incluido el gorro de punto negro, que cubría casi por completo su cabellera, a excepción de un par de rubios mechones que escapaban a aquel encierro.

Después de la intimación de la bella desconocida, sobrevino una corta pausa de silencio, que Baxter fue el primero en romper con una pregunta:

— ¿Cuál es su interés en esta caja, señorita?

—Eso no le importa en absoluto —respondió ella, fríamente—. Vamos, deje la caja sobre la mesa y retírese hasta el fondo.

—Muy bien, no me queda otro remedio que obedecer.

Baxter se acercó a la mesa y fue a depositar la caja, pero, de pronto, contuvo el gesto.

—Por casualidad, ¿tiene usted algo que ver con el Salón Honey? —inquirió de sopetón.

El sobresalto que sufrió la desconocida le hizo ver lo certero de

su pregunta. Ella pareció sentirse muy irritada.

— ¡Haga el favor de hacer lo que le ordeno! —exclamó descompuestamente.

—Sí, señorita.

Baxter puso la caja sobre la mesa, pero, de súbito metió las manos por debajo y la lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas. La mesa golpeó los muslos de la desconocida, que gritó rabiosamente, al mismo tiempo que caía de_ espaldas, perdiendo la pistola en el lance.

El pie derecho de Baxter golpeó la pistola, arrojándola hacia un rincón. Tenía que hacerlo, si quería evitar que la mujer de negro recobrase el arma, pero fue una pérdida de tiempo precioso, porque cuando aún tenía el pie en el aire, la bota derecha de la mujer golpeó su pierna izquierda, hábil y fuertemente, haciéndole perder el equilibrio.

Baxter cayó de espaldas. Entonces, vivamente sorprendido, oyó el más extraño grito que hubiera soñado escuchar en semejantes circunstancias:

—*¡Kiai!*

Cuando Baxter empezaba a incorporarse, los dos pies de la mujer, juntos, buscaron venenosamente su rostro. Baxter apenas si tuvo tiempo de girar sobre sí mismo, para recibir el doble impacto en los omóplatos, lo que le hizo caer nuevamente de bruces al suelo.

Pero era hombre de rápidas reacciones y dio dos vueltas sobre sí mismo, todavía en el suelo, esquivando, de este modo, un nuevo y furioso ataque de la desconocida. Cuando ella disparaba ahora su pie derecho, Baxter agarró el tobillo y lo retorció, con todas sus fuerzas.

La mujer de negro gritó y cayó. Baxter se incorporó de un salto, maldiciendo, entre dientes, el impermeable que llevaba puesto y que, lógicamente, estorbaba sus movimientos de modo considerable. Ella estaba ahora de espaldas, pero, apoyándose simultáneamente en los hombros y en los talones, se levantó con la agilidad de un gato.

—Gata negra —murmuró Baxter, casi maquinalmente su expresión.

Ella volvió a lanzar su segundo *Kiai* y se elevó en el aire, con terrible potencia. A metro y medio del suelo, ejecutó una increíble contorsión sobre sí misma, quedando casi boca abajo. Su pierna derecha estaba encogida, pero se disparó con indescriptible violencia en busca de un blanco.

Esta vez, Baxter no pudo esquivar el furioso ataque, aunque sí desviarse un tanto, de modo que fue su hombro izquierdo el que recibió el impacto y le hizo trastabillar un tanto. Pero, al caer, ella lo hizo de bruces, aunque refrenando la caída con ambas manos. Sin embargo, quedó en mala posición durante un instante, lo que aprovechó Baxter para contraatacar, aunque no de una forma

demasiado ortodoxa. Sus manos aferraron como tenazas los dos tobillos de la desconocida y ella quedó abajo, con los pies en alto.

—Bien, mi hermosa Gata Negra —dijo Baxter, complacidamente —, parece que se han cambiado las tornas.

— ¡Suélteme...! —jadeó ella.

—No tantas prisas, guapa. Antes tenemos que hablar un poco. Es decir, si entiendes el significado de esta

La mujer de negro movió furiosamente las piernas, pero iodos sus esfuerzos resultaron inútiles. De pronto, Baxter concibió la que le pareció una divertida idea.

Juntó ambos tobillos, sujetándolos con una sola mano, la derecha quedó libre para pellizcar, con fuerza, en las atractivas caderas de la joven.

Se oyó un terrible chillido:

— ¡Miserable, canalla...!

Baxter soltó una alegre carcajada y le arreó un par de buenos pellizcos. Luego esperó unos segundos.

— ¿Y bien, hermosa?

Hubo un instante de silencio. Luego, ella dijo:

—Hablaré, pero suélteme.

— ¿Me promete no gastarme una mala pasada?

—Si.

Baxter soltó los tobillos, pero empujando hacia adelante, de modo que ella diera una vuelta completa sobre sí misma y cayera de espaldas, con lo que se aseguraba contra una posible ruptura del pacto. La mujer de negro se incorporó, frotándose, con tuerza, la cadera

—Es usted un bruto...

—De acuerdo, pero hable —exigió Baxter.

Ella le miro fijamente. Había perdido sus gafas durante la pelea..., sus ojos, apreció Baxter, eran grandes, rasgados, y con unas hermosas pupilas de color gris humo, que le conferían un singular atractivo. Debía de tener entre veintiséis y veintiocho años, no más, calculó,

— ¿Se ha vuelto muda, de repente...? —dijo, impaciente.

En los labios de la joven apareció una extraña sonrisa, Baxter presintió la inminencia de un peligro, pero cuando quiso reaccionar, era ya demasiado tarde.

Más tarde, pensaría que no había sentido el golpe. Pero sí vio todas las estrellas del firmamento y creyó que se había quedado, súbitamente, sin piernas.

La pérdida del conocimiento sobrevino con gran rapidez, aunque no tanta que no pudiera escuchar la voz de la desconocida:

— ¡Basta, Charles, ya es suficiente!

«Sí, es suficiente», fue lo que pensó Baxter, antes de hundirse en una negra sima, donde no había sensaciones de ninguna clase.

Cuando despertó, supo por su reloj, que habían transcurrido por lo menos treinta minutos. Durante unos momentos, permaneció sentado en el suelo, tratando de volver a la normalidad. En el lado derecho de la cabeza, hacia atrás, tenía un chichón de regulares dimensiones, que latía dolorosamente.

Fue al baño y metió la cabeza bajo el grifo del agua Iría, mientras se preguntaba quiénes podían ser la Gata Negra y el hombre a quien ella había llamado Charles. De repente, se acordó de la caja de celofán.

Con la cabeza envuelta en una toalla, corrió hacia la cocina. Hizo un gesto de pesar, aunque se dijo inmediatamente que debía habérselo figurado.

La caja y la orquídea habían desaparecido.

* * *

El secreto estaba en la caja y en la flor, se dijo al día siguiente, metido hasta el cuello en el agua de la bañera. Por un momento, pensó en hablar con Gray, a fin de solicitar informes sobre la joven a la que había apodado Gata Negra, pero desistió en el acto. ¿Qué datos podía facilitarle sobre su identidad? Una mujer joven, hermosa, de unos veintisiete años, rubia... En la gran urbe había centenares, si no millares de mujeres, que respondían a semejantes características.

Pero sólo una estaba interesada en la muerte de Cherry Coppins.

Cuando salió del baño y, después de secarse, se tendió en la mesa de masaje. Mientras los hábiles dedos de Koye aliviaban sus músculos de la tensión, seguía pensando en el caso, que le parecía más enigmático que ninguno de los que había intervenido hasta el momento.

—Observo al señor muy preocupado —dijo, de pronto Koye, interrumpiendo las poco consoladoras reflexiones del joven.

—Lo admito, Tim.

—Debido a la muerte de Cherry Coppins.

—Si. Sólo la había visto una vez en mi vida y apenas si estuve con ella una hora, pero dejó en mí "una impresión imborrable.

—Lo lamento muchísimo, señor. Pero el señor, sin duda, sabrá descubrir a su asesino.

—Eso espero, aunque, la verdad, no sé por dónde empezar...

—Si el señor me lo permite, yo puedo hacerle una sugerencia, aunque no soy tan orgulloso como para espetar que la tenga en cuenta —dijo Koye.

—Tim, sólo los orgullosos se niegan a escuchar los consejos de

los demás. Pero el necio los rechaza también, aunque los escuche. Adelante, muchacho.

—El señor me hace sentir indignamente honrado al expresar de semejante forma el concepto que tiene de su humilde servidor.

— ¡Vamos, vamos, Tim!, no des tantos rodeos y suéltalo de una vez.

—Gracias, señor. El señor ha dicho que Cherry Coppins trabajó, es un decir, en el Salón Honey durante una temporada.

—Así es.

—Y alguien quería que la señorita Coppins volviese a ejercer su antigua profesión.

—Al menos, eso es lo que ella me dijo.

—Entonces, sugiero al señor se dé una vueltecita por el Honey. Tengo entendido que ya estuvo allí una vez.

—Cierto, aunque fui acompañando, a un amigo. Hay lugares que no suelo frecuentar. Cuestión de temperamento, supongo.

—Ahora el señor deberá vencer sus escrúpulos. El asunto merece la pena, si me permite esta adición al consejo.

—Sí, Tim, tendré que ir al Honey y simular que es un lugar que me gusta muchísimo —suplicó Baxter.

CAPÍTULO IV

El Salón Honey estaba situado en un edificio de tres plantas, antiguo, pero, evidentemente, bien conservado. Tenía todo el aspecto de una mansión señorial, y eso era lo que había sido en tiempos, hasta que alguien juzgó conveniente establecer allí un negocio en el que el sexo tenía parte preponderante.

Oficialmente era un club, con sus socios, en el que se podía conversar, jugar moderadamente y distraerse en los billares y en la sala de proyección de películas. Pero no todos eran admitidos en el club; no todos podían pagar la elevada cuota de entrada, que ascendía nada menos que a mil dólares. Los gastos que se hicieran una vez en el interior, de cualquier clase, eran contados aparte.

Al descender de su coche a cierta distancia del edificio, Baxter palpó en su bolsillo la tarjeta que, por rara casualidad, había conservado desde el día en que lo admitieran como socio. Aquel día, Baxter, que estaba habituado a muchas cosas, se asombró de lo elevado de la prima. Su amigo, sin embargo, había pagado las cuotas por los dos. Los pozos petrolíferos que poseía en Texas le permitían ser tan derrochador como un jeque árabe del Oriente Medio.

Con paso normal, caminó por la acera en dirección al club. De repente, cuando ya llegaba a la esquina, oyó un leve siseo a su derecha.

— ¡Eh...!

Baxter volvió la vista. Alguien le hacía señas desde el oscuro callejón que se iniciaba en aquel punto.

— ¿Qué hay, amigo? —inquirió.

—Acérquese —solicitó el desconocido—. Quiero decirle algo interesante sobre la muerte de Cherry Coppins.

Baxter dio un par de pasos y abandonó la zona iluminada. Entonces fue cuando vio brillar el acero dirigido malignamente hacia su garganta.

Esperaba algo por el estilo. Las palabras del sujeto le habían hecho recelar, de inmediato. Cuando el arma estaba a punto de alcanzar su objetivo, Baxter alzó la mano derecha y aferró, con dedos de acero, la muñeca del asesino.

El hombre, sorprendido, gruñó. Baxter continuó su acción con

movimientos ininterrumpidos. No le gustaba tener que hacerlo, pero menos le gustaba todavía la idea de sentir su yugular seccionada.

El acero se volvió fulgurantemente contra su dueño. Al mismo tiempo, Baxter con la mano izquierda, atraía al hombre hacia sí. Veinte centímetros de metal se hundieron en el pecho del sujeto.

Durante unos segundos, Baxter mantuvo la misma posición. Luego, con la mano derecha, empujó hacia atrás a su atacante. El hombre cayó de espaldas, sin emitir un solo gemido.

—Mala suerte, amigo —dijo, mientras salía del callejón.

Nadie había presenciado la escena. Baxter se arregló un poco los faldones de la chaqueta oscura, se ajustó el nudo de la corbata y, después de una veintena de pasos, subió la media docena de escalones que conducían a la historiada puerta de acceso al Salón Honey.

A la derecha vio una cadena. Dio un par de tirones y aguardó.

Alguien descorrió una mirilla al otro lado y le escrutó cautelosamente. Baxter enseñó la tarjeta de socio, sin pronunciar una sola palabra.

La puerta se abrió en el acto. El cancerbero, un sujetó de más de dos metros de altura, con hombros de Hércules, separó, con una mano, las cortinas que había a dos pasos de la puerta.

—El señor conoce, sin duda, el camino —dijo.

Baxter sonrió, a la vez que ponía en la mano del guardián una generosa propina. El individuo curvó el espinazo corno si tuviese que recoger el dinero en el suelo.

Al otro lado de las cortinas se abría una amplia serie de grandes estancias, iluminadas por enormes arañas pendientes de los techos, ricamente adornados. Había buenos cuadros y muebles lujosos y caros, pero todo ello dispuesto y escogido con el mayor gusto. En una vasta estancia, vio una mesa de ruleta, en la que, sin embargo, las puestas no eran demasiado altas. Allí no se venía a jugar, precisamente.

Abundaban las mujeres hermosas. Baxter sabía que ninguna de ellas había llegado allí acompañando a los caballeros presentes. El ambiente era de suma discreción, sin estridencias desagradables. Los escotes de las chicas podían ser audaces, pero ninguna de ellas enseñaba lo más atractivo de su cuerpo. Baxter sabía de locales en donde las mujeres iban con el pecho al aire e, incluso, totalmente desnudas, pero ello no sucedía en el Salón Honey, en donde el buen gusto era la norma imperante.

Las mujeres eran de todos los tipos y colores epidérmicos, pero con una característica común: jóvenes y esbeltas, y ninguna de ellas menor de veinte años. Ni tampoco había una sola que rebasara la treintena. Baxter se dijo que Honey Graham sabía muy bien lo que se hacía.

El bar estaba en un lugar discreto, decorado en rojo y oro, y con

las luces hábilmente dispuestas. Había dos o tres "clientes, todos ellos muy bien acompañados. Al otro lado de la barra, dos camareros de color, vestidos en rojo y negro, atendían los deseos de la clientela. Baxter buscó un taburete y pidió un *bourbon* con dos cubitos de hielo.

Pasados unos minutos, vio que se le acercaba una mujer. Era muy alta, le pechos voluminosos y pelo estridentemente rojo, lo que contrastaba exóticamente con el tono canela de su piel, exhibida con generosidad. Honey estaba perdiendo su lucha con la grasa y Baxter se imaginó que ella lo sabía y que no le importaba. Rondando el medio siglo, la dueña del salón debía de haberse resignado a lo irremediable.

—El señor es nuevo en mi casa, sin duda —dijo ella—. Soy Honey y tengo apellido, pero nadie lo utiliza.

—Seguramente, todos tienen el privilegio de llamarla por su nombre —sonrió el joven—. Usted puede hacerlo si quiere, Honey. Llámeme Budd, pero añadiré que me apellido Baxter y que, contra lo que usted supone, no soy nuevo en su casa.

Las cejas de Honey, dos líneas pintadas sobre los ojos, se arquearon.

—Me precio de conocer a todos mis huéspedes —manifestó—. Y, además, tengo buena memoria...

Baxter sacó su tarjeta de socio.

—Estuve aquí hará unos dos años, aunque obligaciones ineludibles me impidieron volver, como habría sido mi deseo.

—Lo cual significa que es muy probable que le tengamos como cliente habitual de la casa —sonrió Honey.

—De momento, estoy aquí y eso es lo que importa. Pero me alegro haber vuelto, Honey... ¿Puedo invitarla a una copa?

—No, gracias. Si aceptara todas las invitaciones que me hacen, tendría el estómago convertido en un colador. En cambio, me permitirá que esta consumición vaya por cuenta de la casa.

Baxter hizo una gentil inclinación de cabeza.

—Agradecido —contestó.

—Si prefiere jugar, puede pasar a la sala de juego. Aunque quizá ha venido en busca de otra clase de distracciones.

—Depende de las circunstancias, Honey.

—Las circunstancias, aquí, son muy agradables —dijo ella, maliciosamente.

—Sí, he podido darme cuenta de ello.

—Tal vez prefiera que le envíe una acompañante...

— ¿Por qué no me deja el placer de la elección, Honey?

Ella rió suavemente y oprimió con su mano la del joven.

—Le deseo acierte en la elección, Budd.

De pronto, un hombre se acercó a Honey y le hizo una seña discreta con la mano. Honey se disculpó y se separó de Baxter.

El individuo tenía unos cuarenta años y vestía correctamente de etiqueta, pero ella no bastaba a disimular la dureza de sus facciones. Simulando estar ocupado con su copa, Baxter espió a la pareja, con el rabillo del ojo.

El hombre habló rápidamente y en voz baja, con los labios pegados a la oreja de Honey. De pronto, ella soltó una exclamación:

— ¡No es posible, Leigh!

—Sí —confirmó el sujeto, sin perder la impasibilidad.

Honey echó a andar con paso rápido, seguida de Leigh. Baxter se preguntó qué habría podido llamar su atención de una forma tan extraordinaria.

Pero un segundo después, dejó de pensar en Honey, al escuchar una voz muy dulce:

— ¿No me invita a una copa, amigo?

Baxter volvió la cabeza. Su asombro le hizo dar un respingo, porque la mujer que solicitaba ser invitada era la misma que le había atacado la víspera en el apartamento de Cherry Coppins.

* * *

Ella sonreía con aparente dulzura, pero detrás de su sonrisa, adivinó Baxter, había un mundo de malicia. El vestido que llevaba, muy ajustado a partir de las caderas, era de color azul fuerte y en la parte delantera llevaba solamente dos pequeños triángulos de tela, que cubrían una mínima parte de los senos, que no necesitaban de ningún artilugio para mantenerse agresivamente erectos. En torno al cuello de cisne había una hilera de pequeñas perlas y eso era todo el adorno que llevaba la joven, aparte de su reloj de pulsera, aparentemente de platino.

— ¿Te has quedado mudo? —preguntó la joven, tuteándole confianzudamente.

— ¿Mudo? —rió Baxter—. ¡De piedra estaría mejor dicho!

— ¡Oh, oh...! En este lugar no convienen los hombres de piedra —dijo ella, jovialmente—. Bien..., ¿qué hay del trago?

—Me gustaría tomarlo en un lugar menos concurrido. Y conocer tu nombre, por supuesto.

—Billie, Billie Talbot. Si vienes conmigo, iremos a ese sitio donde podremos beber a solas.

—Claro, preciosa.

Abandonaron el bar. Billie le guió hacia una gran escalinata que conducía a los pisos superiores. Momentos después, abría una puerta y Baxter se encontró en un dormitorio de vastas dimensiones, con un lecho descomunal, sobre un estrado alfombrado en rojo y abundante en espejos. Había también un rincón destinado a la conversación, con

un diván, dos butacones y una mesita baja de cristal ahumado. La puerta del baño contiguo estaba discretamente oculta tras una cortina roja, con orlas doradas.

—No veo bebidas por ninguna parte —observó Baxter, después de que ella hubo cerrado la puerta.

—Aguarda un momento, hombre.

Billie se acercó a una mesilla de noche, sobre la que había un teléfono dorado y levantó, el auricular.

—*Bombón,* tónica y hielo, por favor —pidió.

Dejó el teléfono en su sitio y se volvió, sonriendo, hacia el joven.

—En seguida tendremos la bebida —dijo—. ¿Te sorprende verme aquí? —añadió.

—Bastante, sobre todo, después de tu actuación de anoche—. Baxter se tocó el lado derecho de la cabeza—. Todavía me duele el golpe que me propinó tu amigo Charles.

— ¡Ah, tuviste tiempo de escuchar su nombre! —rió Billie, a la vez, que se frotaba la cadera—. Tendrías que verme la piel de esta zona...

— ¿Por qué no me la enseñas?

Billie soltó una leve carcajada. De pronto, se oyó un leve tintineo.

Baxter creyó que la joven iba a abrir la puerta, pero estaba equivocado. Detrás del teléfono, había un panel de roble oscuro, que Billie abrió con las dos manos. Era un diminuto montacargas, en el que se divisaba una bandeja con el pedido.

Billie tomó la bandeja, pero Baxter se apresuró a quitársela de las manos.

—Yo prepararé las bebidas —se ofreció—. A propósito, y aunque no sea más que por curiosidad, ¿cuáles son tus honorarios?

—Quinientos. La bebida está incluida.

Baxter puso hielo en dos vasos y destapó la botella.

—Y en tus ratos libres, te dedicas a visitar apartamentos de chicas asesinadas —dijo.

—Cherry y yo éramos conocidas.

— ¿Amigas íntimas, tal vez?

—Puedes considerarlo así, Budd.

—No te he dicho mi nombre, preciosa.

—Revisé tu documentación anoche, mientras *dormías.*

Budd le entregó uno de los vasos.

—Y luego regresaste aquí.

—Era mi noche libre. ,

—Creí que residirías en esta casa...

—Algunas chicas sí viven, pero Honey permite que las que lo deseen tengan su residencia particular. Yo, por ejemplo.

— ¿Llevas mucho tiempo en el oficio?

—Menos de un mes.

—Billie, tú no pareces exactamente el tipo de mujer que vive de su cuerpo, por expresarlo discretamente y no con palabras más crudas. No te voy a preguntar qué te impulsó a esta vida, porque me contestarás que es una forma como otra de ganar dinero. Me interesa más, saber qué parte tienes en la muerte de Cherry.

—Ninguna, por supuesto..., pero murió asesinada. ¿Cómo llegaste a conocerla?

Baxter le relató lo que había sucedido la noche en que murió Cherry, sin omitir el nombre de Jimmy Drix. Billie pareció muy sorprendida al oír mencionar al sujeto.

— ¿Es que lo conoces? —se extrañó Baxter.

—Cherry me lo presentó hace algún tiempo. Dijo que Jimmy pretendía casarse con ella, pero no debía de saber que ya estaba casado. Quizá sea cierto que Jimmy notó que era seguido por algún detective particular y quiso evitarse compromisos, por lo que la dejó plantada.

—De todas formas, resultaría interesante hablar con él sobre este asunto. Si había llegado a cierto grado de intimidad con Cherry; quizá sabía algo sobre sus problemas, ¿no crees?

—Tal vez...

— ¿Sabes tú, dónde vive Jimmy?

—No, aunque me imagino que su nombre debe de figurar en la guía telefónica.

—Lo miraré. Y ahora, dime, ¿quién puede tener interés en que unas chicas que habían trabajado antes aquí y dejaron de hacerlo, volvieran de nuevo a este lugar?

Billie se encogió de hombros…

—No lo sé —respondió simplemente.

— ¿Ni se te ocurre ninguna idea?

—No.

Baxter la miró fijamente.

—Eres una hermosa embustera. Te llevaste la orquídea escarlata… ¿para qué?

Ella sonreía de un modo extraño.

—Dispénsame, pero no pienso decírtelo, Y tú no vas obligarme a hablar por medios violentos, ¿verdad?

—Quizá pueda emplear otros medios mucho más convincentes... y dulces.

—Conmigo no darían resultado, Budd.

— ¿Eres una mujer fría?

Billie se volvió súbitamente de espaldas y, elevando sus manos, soltó los tirantes del vestido, cuya parte superior cayó hasta la cintura.

—Ven y comprueba si soy o no una mujer fría —invitó, sin variar de postura.

—Realmente, tienes una espalda muy hermosa. Pero si no quieres hablar...

Baxter sacó del bolsillo un rollo de billetes, separó diez de cincuenta, y los Introdujo en la cintura del vestido. Luego se encaminó hacia la puerta, sin volver la cabeza una sola vez.

— ¡Eh, te marchas! —exclamó ella, sorprendida.

—No te preocupes; diré a Honey que he pasado un rato muy agradable.

Billie se volvió, con el delantero del vestido sostenido por las dos manos.

—No me gustan ciertos desprecios —dijo.

—Regresa al salón; no tardarás mucho en encontrar quien sepa apreciar tus encantos —se despidió Baxter, heladamente.

CAPÍTULO V

Cuando llegaba a la salida, Honey le cerró el paso.

—Parece que no ha quedado muy contento de su estancia —dijo, con amable sonrisa.

Baxter tomó la mano de la mujer.

—Todo lo contrario. —Se inclinó y depositó un beso en el moreno dorso de aquella mano—. Honey, le prometo volver otro día y con más tiempo.

—Espero que no me mientas. Me gustan los invitados sinceros.

—Yo lo soy siempre, Honey.

De pronto, se oyó en el exterior el sonido de una sirena, que se alejaba rápidamente.

— ¿Qué pasa? —preguntó Baxter.

Honey puso cara seria.

—Ha aparecido un tipo apuñalado en el callejón del lado Norte. La policía vino para averiguar si habíamos visto algo —respondió—. Ahora se marcha la ambulancia con el fiambre —añadió.

— ¡Oh, no sabía que estos parajes fuesen tan peligrosos...!

—No lo son, pero siempre ocurren cosas que no se pueden evitar. Vuelve pronto, Budd.

—Descuida.

Baxter salió a la calle, pensando en el momento en que el llamado Leigh se había acercado a Honey, para decirle algo confidencialmente. ¿Habían descubierto ya el cadáver, y Leigh se lo había notificado a la dueña del negocio?

Tendría que adquirir más información sobre Honey, decidió finalmente, mientras hacía girar la llave de contacto de su automóvil.

Apenas llegó a su casa, buscó en la guía telefónica. Sí, Billie había tenido razón: allí estaba la dirección de Jimmy Drix, el acompañante de Cherry que se había convertido, súbitamente, en humo, ante el temor de ser visto por algún detective privado que debía de seguirle por encargo de una esposa celosa.

Durmió tranquilamente, de un tirón. A las ocho de la mañana, despertó, tomó un jugo de fruta y realizó unos cuantos ejercicios físicos. Luego desayunó y, tras leer lo más importante de un par de diarios, se encaminó al gimnasio donde solía entrenarse, al menos, un

par de veces por semana, a fin de mantener la buena forma corporal, aparte de que practicaba las artes marciales con verdaderos especialistas en la materia. Pasó luego un rato en la sauna, se hizo una sesión de masaje y. al rilo del mediodía, regresó a su casa.

Koye le recibió con la noticia de que alguien había llamado un par de veces.

— ¿Quién? ¿Hombre o mujer?

—Hombre, pero no quiso dar su nombre, señor.

—Bueno, ya llamará...

El teléfono sonó en aquel mismo instante. Baxter hizo un gesto con la mano y se acercó a la mesita donde estaba el aparato.

—Baxter —dijo.

—Le he llamado un par de veces —manifestó el desconocido—. Escuche, sé que está interesado en el caso de Cherry Coppins...

— ¿Cómo lo sabe, amigo?

—Eso no importa, ahora. Óigame bien, si quiere adquirir más informes, vaya al Red Hand. Está en la calle Ciento Veintidós Oeste. Pregunte allí por un tal Nicle Forbes, alias *el Mulo* Nick conocía muy bien a Cherry.

¡Adiós!

El teléfono se colgó bruscamente al otro lado de la línea. Baxter separó el auricular de su rostro y lo contempló dubitativamente unos segundos.

— ¿Algo malo, señor? —preguntó Koye.

Baxter hizo un gesto ambiguo.

—Todo depende de que la llamada que acabo de recibir sea sincera... o se trate de una trampa —contestó.

—En tal caso, sugiero al señor no acuda a la cita que, sin duda, acaban de proponerle.

—Creo que debo ir, Tim —contradijo Baxter—. Sin embargo, antes debo hacer una visita y no quiero posponerla en absoluto.

* * *

Una atractiva doncella, vestida con cofia, cuello y puños blancos sobre el negro uniforme, recibió al visitante y escuchó sus pretensiones.

—Le anunciaré al señor —dijo la doncella. Y se alejó, con suave contoneo de bien moldeadas caderas, a las que se ajustaba ceñidamente la falda del uniforme, que terminaba a diez centímetros de las rodillas.

Baxter la contempló críticamente, mientras una ligera sonrisa se formaba en los labios. La doncella era, realmente, una preciosidad.

—El señor Drix le aguarda en su gabinete —informó la joven,

momentos después—. Por aquí, tenga la bondad de pasar.

—Muchas gracias, señorita.

—Mónica es mi nombre, señor.

—Un nombre encantador, Mónica.

—Gracias, señor —contestó ella, haciendo aletear púdicamente sus espesas pestañas.

Instantes más tarde, Baxter se hallaba en el despacho de Drix, a quien vio como un hombre joven, que no había cumplido todavía los treinta y cinco años y, para las mujeres, bastante .atractivo, calculó. Pero se le antojó de ademanes un tanto afectados, demasiado *snob*. «Ahora bien, si tiene dinero, como parece...»

—Me siento encantado de conocerle, señor Baxter —dijo Drix—. ¿En qué puedo servirle?

—Verá, me disgustaría mucho enojarle..., pero creo que no tengo otro remedio que hacerlo. Por favor, no lo tome como cosa personal... Simplemente, creo estar cumpliendo con un deber de amistad al venir a visitarle.

— ¿Amistad? —Las cejas de Drix se arquearon. Baxter se dijo que era muy posible que se las depilase—. ¿Con quién, por favor?

—Cherry Coppins.

Hubo un instante de silencio. Con una mano de uñas muy bien manicuradas, Drix abrió una lujosa cigarrera y extrajo un pitillo, de boquilla dorada, que golpeó unos segundos contra la mesa, antes de ponérselo en los labios. Luego tomó un pesado encendedor de sobremesa, todo de oro, y presionó el resorte que hacía brotar la llama.

— ¡Oh, perdone! —exclamó de pronto—. No le he ofrecido tabaco...

Baxter tomó uno de los cigarrillos, que encontró delicadamente perfumado. En la base, junto a la dorada boquilla, vio una inscripción: «Especial para J. D.». Otro síntoma de la riqueza de Drix: el tipo se hacía elaborar los cigarrillos para él solo; no podía permitirse la bajeza de fumar el mismo tabaco que la plebe, pensó irónicamente.

—Ha dicho Cherry Coppins —habló Drix, pasados algunos segundos.

—En efecto.

— ¿Era muy amigo de ella?

—Bastante.

—Es curioso. Existía una notable confianza entre Cherry y yo, pero ella no mencionó nunca su nombre, señor Baxter.

—Tal vez no quiso enojarle, sabiendo que usted la amaba.

—Sí, la amaba —suspiró Drix—. Pero...

— ¿Era un amor imposible? Drix asintió.

—Estoy casado y mi esposa no quiere concederme el divorcio.

—Una lástima —murmuró Baxter.

—No lo sabe usted bien. Lo peor de todo es que soy un cobarde y que no me atreví a dejar plantada a mi mujer, con todo su pozo de oro sin fondo…

— ¿Cómo?

Drix sonrió tristemente.

—Es muy celosa… y ella es la dueña de todo. Incluso de mi persona —respondió.

— ¡Oh, comprendo! Lo siento tantísimo, señor Drix…

—Mi mujer me tiene preso en una jaula de oro aunque, generosa, me permite volar un poco, de vez en cuando.

—Y alguno de esos vuelos iban dirigidos hacia Cherry.

Así es. Ella tenía para mí todo lo que debe tener una mujer: belleza, comprensión, desprendimiento… Y yo fui un miserable y no me atreví a romper las dora das cadenas que me atan a esta casa.

—Son cosas que pasan en la vida, señor Drix —dijo Baxter, comprensivamente—. Pero Cherry murió asesinada…

—Algún antiguo admirador que no podía soportar la idea de verse desdeñado —apuntó Drix—. Sí, Cherry tenía un pasado un tanto borrascoso, pero eso no me importó en absoluto. La quería, se lo juro.

— ¿No tiene idea de quién pudo cometer el crimen?

Drix hizo un gesto negativo.

—No. Lo siento muchísimo, señor Baxter. Créame, nada me gustaría más que ayudarle en su tarea de desenmascarar al diabólico asesino que cortó una vida pictórica de juventud y esperanzas…

Baxter dejó el cigarrillo sobre un cenicero. «Una retórica infame», pensó de las frases que pronunciaba Drix.

—Lamento haberle molestado —dijo, a la vez que se ponía en pie—. Y le agradezco infinito su colaboración.

Drix le tendió la mano por encima de la mesa.

—Dentro de la tristeza que me ha causado el tema, celebro haberle conocido —manifestó.

La puerta del despacho se abrió en aquel instante

—Jimmy —exclamó una mujer—. Voy a… ¡Oh, dispensa!, no sabía que tuvieras visita…

Baxter se volvió. En el umbral había una hermosa mujer, de unos treinta y tantos años, rubia, ataviada con un costoso abrigo de pieles y que, evidentemente, se disponía a salir a la calle.

—Querida, te presento al señor Baxter —dijo Drix.

—Encantado, señora —dijo el visitante.

Ella hizo una inclinación de cabeza.

—Es un placer —murmuró—. Si tardo un poco, no te preocupes por mí, cariño —se despidió la señora Drix.

—Diviértete, querida —dijo el dueño de la casa.

La puerta se cerró nuevamente. Drix miró a Baxter.

—Es muy hermosa, pero tiene el corazón de hielo —dijo, tristemente.

—Le ofrezco toda mi simpatía —murmuró Baxter.

—Gracias. Diré a la doncella que le acompañe.

Drix tocó un timbre. Mónica apareció instantes más tarde.

— ¿Señor?

—Acompañe al señor Baxter, Mónica.

—Sí, señor.

Baxter abandonó el despacho. Cuando llegaba a la puerta, puso algo en la mano de la doncella. Mónica se sintió sorprendida en el primer instante, pero luego, al bajar la vista, comprendió de qué se trataba y sonrió comprensivamente.

—Buenas tardes, señor —dijo, al abrir la puerta.

— ¡Adiós, Mónica!

Momentos después, Baxter estaba de nuevo en su coche. Arrancó, recorrió unos cientos de metros y paró en un lugar relativamente oscuro. Allí se despojó de la chaqueta, camisa y corbata, poniéndose en su lugar un pullover de cuello cerrado y color oscuro, y una cazadora de cuero de tono algo más claro. Así transformado, se calzó unos guantes de fina piel y volvió a emprender la marcha, en dirección al Red Hand, en donde un anónimo comunicante le había aconsejado que se pusiera en contacto con un tipo apodado el Mulo.

* * *

La atmósfera del local era considerablemente espesa y olía a licor barato y carne humana. Con un cigarrillo humeante colgando de los labios, Baxter se acercó al mostrador, atendido por un sujeto calvo, tripudo y con un bigote que parecía el manillar de una bicicleta de principios de siglo.

El gordo puso un vaso delante de Baxter y empezó a llenarlo. Baxter dejó sobre la barra un billete de cinco dólares.

—Busco a Nick Forbes —dijo, con un lado de la boca.

El billete desapareció en una mano de dorso horrendamente peludo.

—Vaya por aquella puerta y suba al primer piso. Nick está en el número nueve —dijo el gordo.

—Muy bien, quédese con el cambio, amigo.

—Pensaba hacerlo —contestó el *barman,* desvergonzadamente.

—Si sigue así, pronto se hará millonario. —Ya lo soy, ¿qué se había creído? Baxter meneó la cabeza

—Está visto que en este mundo nunca acaba uno de aprender cosas nuevas —dijo filosóficamente.

Y encaminóse hacia la puerta que le había señalado aquel desaprensivo individuo.

CAPÍTULO VI

El reservado era un lugar evidentemente destinado a que las parejas se entregaran a sus efusiones sin testigos molestos. Pero había que tener muchas ganas de hacer el amor, o carecer de sensibilidad, para estar en aquel cuarto durante más de un minuto. La mesa, de madera, tenía innumerables huellas circulares de vasos; las dos sillas aparecían con el tapizado grasiento y el diván tenía un par de *sietes* que nadie se había molestado en recoser. Baxter apreció que las cortinas que tapaban la única ventana habían servido de toalla más de una vez. Un sitio realmente asqueroso, se dijo, mientras contemplaba al hombre que estaba sentado en el diván.

—Soy Baxter —se presentó.

—Creí que no vendría —dijo Forbes. Era un sujeto fuerte, de rostro corroído por la viruela y una repulsiva dentadura en la que el oro abundaba más que el marfil natural.

—Bien, ya estoy aquí —sonrió Baxter—. ¿Qué era lo que iba a decirme, Nick?

—Mire esa botella. Llene un vaso y bébalo.

A Baxter le extrañó sobremanera ver, sobre la mesa, una botella y un solo vaso.

—Yo soy abstemio —aclaró el Mulo.

—Partidario de la templanza, naturalmente.

—Ya puede verlo. Aunque no me importa que los demás beban, claro.

—No es mi hora, Nick —dijo Baxter.

—Lo siento. Sí *es* su hora.

Lentamente, Forbes sacó un revólver del interior de su chaqueta y apuntó con él a Baxter.

—Sólo necesita un vaso —añadió.

—Es decir, me obliga a beber.

—Efectivamente.

— ¿Por cuenta de quién, Nick?

—Ni lo sé, ni me importa. Simplemente, me han pagado la tarea.

—Podría usar el revólver…

—Eso deja muchos rastros.

—Sí, la bala, el ruido de la detonación…

—Pero, en último caso, apretaría el gatillo.

—El estampido se oiría allá abajo.

—El Red Hand es un poco como los *saloons* del viejo Oeste. Nadie se extraña que, de vez en cuando, se oiga un disparo.

—Ni de que aparezca un *fiambre* después del disparo.

—Viene la policía, pregunta aquí y allá, todos dicen que no han visto nada..., y la ambulancia se lleva el cadáver.

—Nick, yo me pregunto qué habré hecho para merecer el honor de morir envenenado.

—Ya le he dicho que no me importa. Me pagaron bien, debo admitirlo, y eso es todo lo que me interesa.

—Seguramente, se hizo el contrato por teléfono.

—Seguramente —sonrió Nick.

—Eso significa que es usted un asesino profesional.

—La verdad, no me dedico a ir por ahí matando a la gente, pero, a veces sale un buen contrato... y hay que aprovechar la ocasión.

—Comprendo. Nick, ¿por qué le llaman el Mulo?

Los ojos del sujeto centellearon de ira.

—Una vez le pegué una patada a un tipo... Alguien dijo que era una coz —rezongó.

— ¡Oh!, yo pensé que se debía a que es usted capaz de transportar una carga sobre los lomos durante mucho tiempo —dijo Baxter, zumbonamente.

—Está bien, acabemos ya —gruñó Forbes—. Creo que hemos hablado bastante. Vierta licor en la botella y beba un vaso entero.

—Después, me imagino, usted se llevará la botella y el vaso pata que no queden rastros.

—Tengo otra botella y otro vaso aquí, detrás del diván. Las dejaré sobre la mesa y tiraré esa botella y ese vaso por la ventana.

—Y alguien dirá luego que he muerto de un ataque cardíaco.

—Sí —confirmó Forbes, fríamente.

—Me gustan las cosas bien planeadas —suspiró Baxter. Se acercó a la mesa y cogió la botella, pero, en el mismo instante, Forbes le hizo una enérgica advertencia.

— ¡No se le ocurra echarme el licor a la cara o haré fuego!

* * *

Los dedos enguantados de Baxter alzaron el vaso y contemplaron su contenido al trasluz, situándolo ante la bombilla sembrada de deposiciones de moscas. Con el rabillo del ojo vio que Forbes seguía, atentamente, todos sus movimientos.

Dio un paso lateral y se situó de costado. Forbes empezó a sentir una vaga alarma y se puso en pie.

Alargó la mano. El cañón del revólver se apoyó sobre la sien izquierda de Baxter.

—Beba, o le vuelo los sesos —dijo, ominosamente.

Baxter inspiró con fuerza. Acercó el vaso a los labios, pero, súbitamente, se agachó, flexionando las rodillas con increíble rapidez, de modo que el cañón del revólver quedó a un palmo sobre su cabeza. Pero, al mismo tiempo, alzaba la mano izquierda y se apoderaba de la muñeca de Forbes, retorciéndosela con seco movimiento. .

La fulgurante velocidad de su movimiento impidió la reacción del matón. El revólver giró hacia su dueño, bajándose el cañón un tanto. Entonces se produjo la explosión, justo sobre el pecho de Forbes.

Se oyó un gruñido. Forbes puso cara de sorpresa, se tambaleó y cayó al suelo. Se agitó unos momentos, pateó unas cuantas veces y, al cabo, se quedó inmóvil.

Baxter inspiró profundamente. Le hubiera gustado más hablar con Forbes, una vez desarmado, pero no había tenido elección posible. Además, tenía la seguridad de que el asesino no habría añadido más detalles a lo que ya había declarado durante la conversación.

Una cosa era evidente: estorbaba.

¿A quién?

La respuesta surgía en el acto: estorbaba al asesino de Cherry y de dos mujeres más. Pero ahora, mejor que entregarse a estériles elucubraciones, convenía la acción.

Registró rápidamente las ropas de Forbes. En uno de los bolsillos encontró una libreta con una serie de nombres y teléfonos, que guardó de inmediato. Luego se detuvo un instante para escuchar.

Había mucho ruido abajo, en la sala, y el arma se había disparado apoyada en la ropa de Forbes, lo que había absorbido la mayor parte del estampido. Tenía, por lo tanto, cierto tiempo para moverse sin preocupaciones.

El vaso había caído al suelo y lo arrojó por la ventana. Luego buscó la otra botella y el segundo vaso, dejando éste caído sobre el sucio pavimento. Se llevaría la botella con el veneno y haría que la analizasen.

Acto seguido, se dirigió hacia la puerta y bajó a la sala. Desde la, entrada, hizo una señal con la mano al gordo, quien asintió de inmediato.

Baxter regresó a la habitación y se apoderó del revólver, que dejó junto a la puerta. El *barman* abrió y dio dos pasos en el interior, quedándose petrificado de asombro al ver muerto a Forbes.

Pero antes de que pudiera decir nada, Baxter, usando el brazo derecho como si fuese un bastón, lo movió en semicírculo, golpeando con todas sus fuerzas el saliente vientre del *barman.* Este gruñó y cayó

de rodillas, agarrándose la tripa con ambas maños.

Inmediatamente, Baxter cogió el revólver.

—La policía vendrá y te encontrará aquí con el cadáver de Forbes —dijo—. ¡Maldito hijo de puta, tú sabías que Forbes iba a matarme...!

Cuando era preciso, Baxter sabía ser ambidextro. El filo de su mano izquierda golpeó la carnosa nuca del gordo, quien se desplomó en el acto de bruces, completamente sin sentido. Baxter le puso el revólver en la mano y estudió el escenario durante unos segundos.

La botella quedaba oculta por su cazadora de cuero. Salió, cerró con todo cuidado y se dirigió en busca de la puerta trasera, por donde solían escapar los que sentían temor de la justicia. Un minuto más larde, se hallaba en una cabina telefónica.

—Se ha cometido un homicidio en uno de los reservados del Red Hand —informó escuetamente.

Colgó el teléfono y se situó en un lugar discreto. Dos minutos después, sintió el inmenso placer de escuchar el aullido de una sirena policial.

El gordo se iba a ver en un buen aprieto. Se lo merecía, pensó, mientras caminaba indolentemente en busca de su automóvil.

Emprendió el regreso a su casa. Había sabido esquivar la trampa, pero, ¿podría decir lo mismo en otra ocasión que, sin duda no tardaría en presentarse?

Cuando llegó a su departamento, dejó la botella sobre una mesa. Koye le miró, intrigado.

—Ignoraba que el señor fuese aficionado al licor barato —dijo, con aire de ofendida dignidad.

—Ese "licor es más caro de lo que piensas, Tim: cuesta la vida —respondió Baxter, muy serio.

A pesar de su impasibilidad habitual, Koye no pudo evitar un respingo… Baxter sonrió.

—Anda, sírveme un trago de lo mío —agregó.

—Al momento, señor.

Baxter se sentó en el diván y empezó a hojear la libreta de Forbes. No tardó mucho en advertir que uno de los números allí anotados era reciente.

Tomó un par de tragos mientras reflexionaba profundamente. Al cabo, se decidió a marcar el número sospechoso.

Al otro lado de la línea se oyó una voz mecánica: —Esto es un contestador automático. Tenga la bondad de dejar su mensaje, que será grabado...

Baxter no quiso seguir escuchando. Colgó el teléfono y, reclinando la cabeza en el diván, cerró los ojos unos instantes.

Realmente, era estúpido pensar que el hombre que había

contratado a Forbes iba a darle su teléfono auténtico. Sin duda, dejaría que las llamadas quedasen grabadas. Luego, cuando le pareciese conveniente, llamaría a aquel mismo teléfono y la grabadora reproduciría los mensajes recogidos. Muy astuto, muy inteligente..., aunque se nía conveniente averiguar cómo se las había apañado Forbes para conseguir el veneno que luego había puesto en el licor.

Pero no tardó mucho en encontrar una solución para el problema.

Estaba un poco, cansado y sentía deseos de acostarse. Cuando se disponía a hacerlo, sonó el teléfono.

Levantó el aparato.

—Baxter —dijo.

— ¡Hola, soy Mónica! Baxter sonrió.

—No esperaba que me llamase tan pronto —manifestó.

—Los señores se han acostado —explicó la doncella de Drix—. Bien, ya le he llamado. ¿Qué es lo que quiere de mí?

— ¿Cuándo es, su día libre, Mónica?

A través de la línea, Baxter captó el sonido de una cristalina carcajada.

—Es usted muy rápido, señor Baxter —dijo la doncella.

—Me llamo Budd, Mónica.

—Y yo tengo novio.

—Dígame cómo se llama y dónde vive, y mañana habré cometido un asesinato para eliminar un estorbo.

Mónica volvió a reír.

—Ahora está fuera —dijo.

—Tanto mejor, ¿no le parece?

—A él no le parecería *tanto mejor,* Budd.

— ¡Oh, Mónica! Yo sólo quiero una entrevista amistosa, sin segunda intención..., aunque bien es cierto que las mías sor, las de un caníbal.

— ¿Le mata de hambre su esposa?

—Soy soltero.

Mónica pareció dudar un momento.

—Está bien —dijo al cabo—. Pasado mañana, ñero, ¿dónde?

—Aquí, en mi propia casa. Creo que es lo más discreto. Fije usted misma la hora...

—Tengo miedo —dijo ella.

— ¿Miedo?

—Sí. Usted tiene un aspecto corriente... Cualquiera, al verlo, diría que es un empleado vulgar, pero se ve claramente que no tiene nada de vulgar.

—Gracias, Mónica.

—Y creo que acabaría seduciéndome.

—Usted me sobrevalora. No soy un *play-boy*…

— ¡Oh!; esa clase de tipos consiguen sus conquistas, muchas veces por dinero. Usted no recurriría a un procedimiento tan bajo.

—Eso sí es cierto, Mónica.

—Por tanto, sigo teniendo un miedo, espantoso. Pero no hay mejor manera de vencer al miedo, que afrontando el peligro con resolución, serenidad…

—Y haciendo lo mismo que se hace cuando uno se lanza al agua de cabeza.

— ¿Qué se hace, Budd?

—Cerrar los ojos.

—Al contrario, los tendré muy abiertos… Pasado mañana, a las cinco.

—Las cinco será su hora de la verdad, como dicen los españoles. Gracias, Mónica. Y ahora, permítame un consejo.

— ¿Sí, Budd?

—Queme mi tarjeta de visita.

—Descuide. Adiós, caníbal.

—Buenas noches, Venus.

Mónica soltó otra risita. Baxter, sumamente complacido, colgó el teléfono y se fue a la cama.

CAPÍTULO VII

El teniente Jamison contemplo críticamente la botella que, envuelta en un trozo de papel fuerte, acababa de dejar su visitante sobre la mesa de trabajo.

— ¿Qué es esto? —preguntó—, ¿Un pequeño soborno, en forma de botella de buen whisky?

—No, sino prenda de un trato —contestó Baxter, a la vez que alargaba un papel hacia el oficial de policía—. Yo le doy esta botella y usted me dice dónde está este teléfono y quién alquiló el despacho para recibir solamente unas cuantas llamadas.

Jamison frunció el ceño,

— ¿Qué tiene la botella?

—Veneno. Y sospecho que puede tratarse del mismo que se emplee para asesinar a Cherry Coppins.

— ¿De dónde ha sacado usted está diabólica botella?

—Alguien quería que un médico certificase mi defunción por paro cardiaco. Lo mismo que en el caso de Cherry Coppins.

Jamison volvió a fijar sus ojos en la botella.

—Será interesante conocer el resultado del análisis —murmuró.

—Le agradeceré me comunique algo al respecto. Y desde luego, el resultado de su investigación sobre ese número de teléfono.

Jamison se retrepó en su asiento.

—Baxter, ¿cuál es su interés en este asunto? —inquirió.

—Cherry Coppins. Había querido volver a una vida decente y alguien no estaba conforme con su decisión.

—Pero usted…

—Sé lo que va a decir, teniente, que no la conocía. Bien, no soy un gran psicólogo, pero me pareció una chica digna de todos los respetos. Sólo estuve una hora con ella, entre la calle y su casa, y no hubo entre ambos nada absolutamente. Ni siquiera rocé su mano…

—Usted no es detective privado ni está registrado como tal —dijo Jamison.

—No creo que la ley impida a un ciudadano investigar por su cuenta —respondió Baxter rápidamente.

—Siempre que sus investigaciones no tiendan a ocultar hechos delictivos.

—No se me ocurriría jamás, teniente. —Baxter se puso en pie—. Y ahora, si me lo permite…

— ¡Un momento! Al menos, dígame dónde y cómo obtuvo la botella con el veneno.

Baxter sonrió maliciosamente.

—Creo que anoche detuvieron a un tipo, acusado de la muerte de Nick Forbes.

—Sí, es cierto. Ya teníamos ganas de atrapar a ese condenado Kirney Mows. Parece ser que Mows y Forbes disputaron… —Jamison reparó en la sonrisa del visitante y lanzó una exclamación—: ¡Eh!, ¿qué diablos sabe usted de este asunto?

—Fue el Mulo quien quería hacerme tomar un vaso de licor —dijo Baxter—. Me amenazó con su revólver.

—Y usted lo desarmó, disparó contra él y preparó todo para que Mows apareciera como culpable.

—No fue así exactamente, aunque bien es cierto que Mows sabía que Forbes me aguardaba para asesinarme. Di un manotazo al arma, que se disparó. El resto queda a su imaginación…, pero no han encontrado una sola huella dactilar mía. Y, ¿no le parece que Mows debe pagar por otros asesinatos de que ha sido cómplice?

— ¡Diablos, Baxter!; usted me está poniendo en un compromiso —se quejó el policía—. ¿Cómo voy a acusar a un hombre de algo que sé no ha cometido?

—Lo dejo a su conciencia —se despidió Baxter.

Realmente, no le importaba en absoluto lo que le pudiera suceder a Kirney Mows. El bigotudo se merecía pasar una temporada metido en aprietos.

* * *

El Salón Honey aparecía con todas las luces casi apagadas. Era todavía un poco pronto para que los clientes empezasen a acudir, aunque para Baxter resultaba evidente que no faltarían tipos ansiosos que habrían entrado en el local mucho antes. No obstante, los momentos de mayor animación se producían siempre después de la cena.

La lluvia caía lenta y mansamente, abrillantando el asfalto. Resguardado en una esquina, Baxter aguardaba pacientemente.

Un taxi se detuvo de pronto frente al edificio. Una mano enguantada entregó unos billetes al conductor. Luego, una joven alta y esbelta, envuelta en un impermeable amarillo, se apeó del vehículo, que arrancó en el acto, despidiendo un chorro de vapor por el tubo de escape.

Billie Talbot se dispuso a cruzar la acera. Entonces, sintió que la

agarraban por el brazo

— ¡Eh, oiga...! —dijo, empezando a revolverse—. ¡Ah, eres tú!

—Sí. Anda, vamos, no tengas tanta prisa.

Baxter empujó a la joven con mano firme.

—Hay un café muy acogedor a doscientos metros de distancia. Media hora de retraso no creo que signifique mucho para ti... ¿O es que hay reloj marcador en la casa?

—Por supuesto que no —respondió ella, algo amostazada—. Tenemos cierta libertad...

—Vamos, lo que modernamente se llama horario flexible. ¿Qué tal se dan los clientes últimamente?

—No puedo quejarme. De todos modos, supongo que no me vas a echar un sermón moralizante.

— ¡Dios me libre! Tú eres dueña y señora de tu cuerpo... y como dijo aquél, si tú no lo haces, lo hará otra.

—Sí —convino ella, amargadamente—, esto es algo que nunca tiene fin.

Al hallarse en el café, sentados a ambos lados de una mesa, Billie se echó hacia atrás la capucha del impermeable. Baxter había pedido ya las consumiciones.

—Creo que puedes empezar —dijo Billie.

—Sí, empezaré por el principio..., por el momento en que me atacaste en casa de Cherry.

Una camarera vino y puso sendas tazas de cale sobre la mesa. Billie removió displicentemente el contenido de la taza con la cucharilla.

—Quería hallar rastros —contestó.

—Del veneno.

—Si.

—Y te llevaste la orquídea.

—Efectivamente.

— ¿Qué has averiguado?

—El bulbo era muy grueso. Contenía una diminuta jeringuilla, con un gas a presión, que se destapaba al levantar la cubierta.

—Mediante un hilo apenas visible, sujeto al interior de esa tapa.

—Así sucedió. El gas era poderosamente tóxico y Cherry aspiró lo suficiente para morir en minutos. Normalmente, cuando una mujer recibe una flor envuelta en semejantes condiciones, levanta la tapa de modo que sus ojos estén frente a la corola, más o menos, claro. Pero aunque no hubiera sucedido así, también habría muerto, debido a la enorme toxicidad del gas.

— ¡Cuánto sabes! —dijo Baxter, admirado—. ¿Quién te ha dicho tantas cosas?

—Charles.

— ¡Ah, el hombre que me golpeó...!

—Es un buen amigo. Creía que iba a atacarme y salió en mi defensa.

—Un valiente caballero —comentó Baxter—. Pero ¿por qué sabe Charles...?

—Es un gran químico, y yo le pedí que me ayudase, porque sospechaba que Cherry había sido asesinada, lo mismo que las otras dos chicas. Charles ha encontrado el mecanismo de descarga del gas, pero todavía no ha conseguido un análisis esclarecedor.

—Debe de ser un veneno de nueva especie, ¿no?

—Seguramente.

—Está bien. ¿Sabe Charles lo que haces ahí? Ella asintió.

— ¿Y lo aprueba? —siguió Baxter.

—Es un buen y leal amigo —respondió Billie.

—Si, tiene que serlo. Charles, ¿qué más?

—Evanston. Paga, ya hemos terminado de hablar.

Billie se puso en pie. Baxter dejó unas monedas sobre la mesa.

—Tienes que marcar la hora de entrada en el reloj —dijo.

—Sí, y acostarme con todo el que tenga quinientos dólares en el bolsillo contestó ella, ácidamente.

—Algunos los tienen, los pagan... y no los aprovechan.

—Eso ya no es culpa mía. ¡Adiós!

—Dispensa que no te acompañe. Podría comprometerte...

—No te preocupes.

Baxter volvió a sentarse una vez se hubo marchado Billie. Sumamente preocupado, hizo una seña a la camarera, que acudió en el acto.

— ¿Señor?

—Otra taza de café, por favor.

—Está bien, señor.

Baxter sacó un cigarrillo y lo encendió. Con ojos melancólicos, contempló la calle bajo la lluvia. Los faros de los coches se duplicaban en la brillante negrura del asfalto.

Un tanto deprimido, se preguntó cómo era posible que una chica como Billie se hubiese convertido en pupila de un prostíbulo, por mucho dinero que obtuviese con la venta de sus encantos físicos. Pero no había que darle vueltas, se dijo, mientras sorbía la segunda taza de café, a las mujeres no había forma de entenderlas. «Cuanto más se las cree conocer, menos se las comprende», pensó, filosóficamente.

El teniente Jamison le llamo aquella misma noche.

—El teléfono está en el número doscientos once de la calle Doce Este y es un despacho alquilado por una tal Laura Smith.

—Habrá hablado, sin duda, con el gerente del edificio.

—Sí. Dijo que es una mujer de más de cuarenta años, con

algunas canas y rostro un tanto ajado. La ha visto después un par de veces, pero no puede dar más detalles, salvo que el pago de la renta se hizo al contado y en billetes de banco.

—Que no dejan rastro, como 1< *i* haría un cheque.

—Exactamente. Otra cosa: aún no sabemos nada del veneno, salvo que, tal vez, tiene origen tropical. Usted ya sabe, la jungla, sus misterios…

—Indescifrables para el hombre blanco.

—Algunas cosas sí lo son —suspiró Jamison.

* * *

La muchacha que apareció ante los ojos de Baxter a la tarde siguiente, le resultó vacamente conocida. Era de mediana estatura, muy bonita, y vestía un sencillo trajecito de chaqueta, a cuadritos, con un encantador sombrerito de colegiala. En sus manos, enguantadas en blanco, había un bolso pequeño, que hacía juego con el vestido. La falda llegaba a diez centímetros de unas preciosas rodillas y los zapatos, de medio tacón, contribuían a darle un atractivo encanto de juventud y vitalidad, como pocas veces había visto el dueño de la casa.

— ¡Hola! —dijo ella, a la vez que agitaba una mano.

—Señorita... —De pronto, Baxter soltó una exclamación—: ¡Mónica!

— ¿Tan cambiada estoy?

Baxter se pasó una mano por la cara.

—Lo que menos me esperaba era... Pero, por favor, entre, no se quede ahí afuera.

—No pensaba hacerlo —contestó ella desenfadadamente. Anduvo unos pasos, se detuvo en el centro de la amplia sala y dio la vuelta sobre sí misma—. Tengo que confesarle una cosa, señor Baxter...

—Budd, por favor.

—Está bien, Budd. Tiene usted un gusto incomparablemente superior al del señor Drix.

—Gracias, Mónica. ¿Qué quiere beber?

—Café. —Ella le miró maliciosamente—. ¿Esperaba acaso que le pidiese una bebida fuerte? Soporto muy mal el alcohol y por eso procuro no probarlo.

—Traeré café. Póngase cómoda, Mónica.

Baxter fue a la cocina y volvió minutos más tarde. Ella se había quitado la chaqueta, debajo de la cual había una blusa que encerraba un pecho breve, pero de firmes contornos. Tenía las piernas muy juntas y era evidente que hacía grandes esfuerzos para evitar que la

falda se subiese más de lo conveniente.

—Y bien, Mónica —dijo él, después de haber llenado las tazas—, ¿qué tiene usted que contarme?

Ella le miró a través de los párpados entornados.

— ¿Qué tiene usted que preguntarme?

—Cosas, Mónica. Una doncella sabe mucho...

—Soy discreta. No me gustan los chismorreos.

—No quiero que traicione la confianza que han depositado en usted los señores Drix. Pero sí me gustaría que me dijese algo que estime de suma importancia.

Mónica se envaró y Baxter no dejó de captar el gesto.

—Si se trata del amante de la señora...

Baxter arqueó las cejas.

— ¡Ah, la señora tiene un amante! —exclamó.

—Para mí, es indudable, aunque no le conozco ni le he visto jamás —respondió la muchacha—. Pero es usted la única persona que lo sabe, aparte de mí, claro.

—Está visto que en este mundo no se puede confiar en nadie —sonrió Baxter—. De todos modos, yo no quería hablarle del amante de la señora, sino de la que fue amante del señor Drix. A decir verdad —añadió—, ella creía que Jimmy Drix iba a pedirle que fuese su esposa.

— ¡Absurdo! El señor Drix está enamoradísimo de su mujer. Para casarse con otra, tendría que divorciarse primero y eso es algo en lo que no ha pensado jamás. Al menos, ésa es mi opinión —declaró Mónica, contundentemente.

—Yo creí que el señor Drix no quería divorciarse, porque su mujer es muy rica —dijo Baxter, un tanto desorientado. . Mónica se encogió de hombros.

— ¡Ahí sí que no me meto! —respondió— Ciertamente, mis señores gozan de una magnifica posición, pero no puedo decirle cuál de los dos es el dueño del dinero. A mí me pagan con toda puntualidad y, todo hay que decirlo, generosamente.

—Creo que he cometido un error al invitarla a mi casa —dijo Baxter, con una sonrisa de circunstancias—. Discúlpeme, Mónica.

— ¡Ah!, ¿llama error al hecho de tenerme aquí?

La chica se había reclinado indolentemente en el diván.

—Usted tiene novio —dijo él.

—Ahora está ausente.

—Entonces, no le quiere...

Mónica hizo un gesto de indiferencia.

—No estoy segura...

Baxter se inclinó hacia ella y buscó el cálido hueco que había entre el cuello y el nombro. Mónica le dejó que sus labios rozasen la piel, pero antes de que pudiera hacer una presión más acentuada, se

separó de él rápidamente. .

— ¡Ah, no, no! —exclamó—. ¡Yo soy una chica decente!

—Nunca lo había dudado, preciosa.

—Y las chicas decentes no hacen eso que usted piensa que yo debo hacer.

—La sombra de su novio se interpone entre ambos —dijo Baxter, con fingido acento dramático.

Mónica se levantó, con la chaqueta y el bolso en las manos.

—Fin de la primera sesión —sonrió deliciosamente—. Si le ha gustado, podemos repetirlo en la próxima ocasión. Dentro de tres días, por ejemplo.

—Con muchísimo gusto, Mónica. Deje, la ayudaré a ponerse la chaqueta.

Ella accedió, vuelta de espaldas. Baxter aprovechó para besarla suavemente en la mejilla izquierda.

—Piel de melocotón —musitó—. Y huele a melocotón, que es lo bueno.

—Mi perfume favorito se llama, precisamente, Melocotón de Oro —se despidió Mónica, con una alegre carcajada.

CAPÍTULO VIII

El teniente Jamison llamó dos días más tarde:

—Hemos conseguido identificar parte del veneno que mató a Cherry Coppins —dijo.

— ¡Ah, sólo *parte!* —exclamó Baxter, intencionadamente.

—Bien, los científicos del laboratorio han encontrado rastros de curare, ese veneno que, como usted sabe, paraliza los músculos respiratorios. Su procedencia es tropical, como tampoco debe ignorar.

—Lo sé. Algo me suponía..., pero, continúe, por favor.

—Además del curare, había otro veneno, al parecer, todavía más potente o bien que aumenta la rapidez de acción del curare y su potencia tóxica. Y todo ello, mezclado con un gas inerte que provocaba su expulsión del recipiente, a modo de un *spray*.

—Vamos, lo mismo que un matamoscas.

—Sólo que mata a las personas, Baxter. Lo que no nos imaginamos es cómo le administraron ese gas... a menos que se usara una pistola con la cápsula que contenía la mezcla en lugar de un proyectil ordinario o bien en sustitución de la carga de agua o tinta que llevaría una de juguete.

Baxter pensó inmediatamente en la orquídea, pero no quiso decir nada, por no herir los sentimientos del teniente. Estaba seguro de que, después de su denuncia, los hombres de Jamison habían registrado a fondo la casa de Cherry. Incluso habrían reparado en la orquídea y la caja de celofán y habrían tomado las huellas dactilares, para intentar encontrar al remitente de la flor asesina, pero no se les había ocurrido pensar siquiera que el mortífero aparato que disparaba el gas estaba precisamente en el interior del bulbo de la orquídea escarlata.

—En su opinión, teniente, ¿de dónde procede el segundo componente del gas venenoso? —preguntó.

Jamison suspiró.

—El otro día comentamos algo sobre misterios de los países tropicales que resultan incomprensibles para el hombre blanco —contestó.

—Sí, le entiendo —dijo Baxter—. Tal vez venenos sólo conocidos por los hechiceros de tribus salvajes...

—Es posible, pero, ¿quién y dónde y cómo encontró ese veneno? Baxter, estamos en Nueva York, la urbe más civilizada del mundo, según dicen.

—Pero también la ciudad en donde puede encontrarse, tic todo y en la que se producen más enigmas que en ninguna otra.

—Eso sí es cierto. Bien, nosotros tratamos de seguir la pista a Laura Smith. Tenemos vigilado su despacho noche y día; tarde o temprano, acabará por dar señales de vida.

—Le deseo que sea pronto, teniente.

—Gracias, Baxter.

El teléfono volvió a su sitio. Durante unos minutos, Baxter, sentado en el diván, permaneció inmóvil, con la barbilla apoyada en la mano izquierda y el codo sobre la rodilla.

Koye entró, portador de una bandeja, sobre la que humeaba una taza de café.

—Permítame el señor que le diga es la viva estampa de la escultura de Rodin, *El Pensador* —dijo, suavemente—. Sin embargo, opino que sería conveniente, para facilitar su rapidez de pensamiento, que se tomase este brebaje que no tiene nada de misterioso.

De pronto, Baxter lanzó un grito:

— ¡El brebaje! ¡El hechicero! ¡Creo que ya lo tengo!

Koye respingó.

—Señor…

El joven sonrió, a la vez que se ponía en pie de un salto.

—Tim, gracias por haber colaborado no tanto en la rapidez como en la fluidez de mis pensamientos —dijo—. Tomaré el café y recibe mis bendiciones por la valiosa ayuda que acabas de prestarme.

—Estoy aquí para eso, señor —respondió Koye, a la vez que hacía una grave reverencia.

* * *

— Has vuelto muy pronto —dijo Honey, a la vez que tendía su mano derecha al cliente que se hallaba sentado ante la barra.

Baxter se apeó del taburete, tomó la mano de Honey y la besó galantemente.

— ¿Lamentas un regreso tan rápido? —preguntó.

—Todo lo contrario —rió la mujer—. Eso indica que el olio día te sentiste muy complacido de tu estancia aquí.

—No te lo puedes imaginar… Y, a propósito, el otro día me rechazaste una copa, pero hoy no te lo permitiré. Pide la bebida más suave que tengas… incluso agua, si lo prefieres, pero quiero que brindes conmigo.

—Está bien. Puesto que tanto insistes… —Honey movió su mano

—. Harry, una dé oporto, por favor.

—Al momento, señora —contestó el *barman.*

Baxter levantó su vaso cuando Honey tuvo su copa dispuesta.

—Brindo por la felicidad que espero encontrar aquí, por la dueña de esta casa tan acogedora... ¡y qué caramba!, también por este whisky tan bueno, que parece preparado por un brujo conocedor de los máximos secretos para proporcionar alegría a las personas.

La sonrisa de Honey desapareció en el acto, aunque la pequeña convulsión de su rostro duró solamente un segundo. De nuevo volvió a adoptar la misma expresión amable y benévola.

—El whisky que bebes no ha sido preparado por ningún brujo, a menos que califiques así al destilador que lo ha elaborado en Kentucky —dijo.

—Bueno, también en este país tenemos buenos hechiceros, tan estupendos como puedan serlo los de otros países tropicales. Por cierto, tú eres brasileña, ¿verdad, Honey?

—Pues, sí...

Pero, de repente, un súbito alboroto interrumpió a la mujer. En la sala contigua, un individuo empezó a chillar demencialmente, a la vez que apostrofaba a la chica con la que se hallaba.

El individuo parecía haberse vuelto loco. La chica, asustada, huyó. Honey frunció el ceño.

—No me gustan los escándalos en mi casa —dijo, visiblemente malhumorada.

Dos hombres, evidentemente pertenecientes al servicio de seguridad, corrieron hacia el alborotador. Uno de ellos se retiró bruscamente, lanzando un aullido, a la vez que se agarraba el brazo derecho con la mano del otro lado.

Baxter vio asomar sangre entre los dedos. El otro individuo vaciló. El alborotador tenía en la mano una navaja automática y la movía, dando tajos al aire.

—Vamos, acércate, muchacho... Acércate y todos podrán ver cómo te echo las tripas al aire...

El vigilante vaciló un segundo. Luego, de pronto, echó mano al interior de su chaqueta.

Sonaron algunos chillidos de espanto. Baxter saltó hacia adelante.

— ¡Quieto! Deje esa pistola —ordenó enérgicamente.

El hombre le dirigió una torva mirada.

—Ha herido a mi compañero... Está borracho perdido. ..

—Y quizá algo más —dijo Baxter.

En torno al alborotador, pero, a prudente distancia, había un semicírculo de espectadores, que no las tenían todas consigo. Leigh, el que parecía ser el jefe de seguridad, hizo su aparición en aquel

instante.

— ¡Ese maldito estúpido está drogado! —barbotó, colérico.

—Sí, se le ve en los ojos —convino Baxter—. Pero ahora es un hombre peligroso. No sabe lo que se hace y podría matar...

—Bebió demasiado —dijo la chica que había acompañado al alborotador—. Una vez dijo que le dolía el estómago y echó unos polvos en su topa. A los pocos momentos, se puso hecho una fiera... Si no ando lista, me corta el cuello.

—Está bien, no se preocupen —dijo Baxter—. Yo me encargaré de él.

Sonó una estridente risotada. El drogado movió la mano izquierda. En sus ojos había una luz extraña, demencial. Baxter se dio cuenta de que estaba fuera de este mundo.

—Vamos, ven, guapo, acércate si tienes lo que tienen los hombres —le desafió.

Baxter meneó la cabeza. Alcohol y droga, la mezcla más explosiva que se podía imaginar. Pero aquel hombre resultaba terriblemente peligroso en semejantes circunstancias y, sobre todo, no era en absoluto consciente de lo que se hacía.

Lentamente, en medio de un tenso silencio, avanzó hacia el sujeto.

—Bill, dame la navaja —pidió, suavemente.

—No me llamo Bill. Mi nombre es Duke, Duke Travers...

—Está bien, suelta la navaja. Estás indispuesto. Te conviene acostarte un rato... Llamaremos a un médico...

— ¡Al diablo con los médicos! ¡Y al diablo contigo también! —aulló Travers, con un grito que parecía el de un poseído por el diablo.

Y, en el mismo instante, saltó hacia adelante, moviendo la mano derecha ligeramente hacia abajo y en semicírculo, como si tratase de degollar a su oponente.

Se oyó un unánime grito de espanto, en el que predominaban las voces femeninas. Honey contuvo la respiración.

Cuando el arma descendía hacia él, Baxter giró un cuarto de vuelta a su derecha y, aprovechando el desequilibrio frontal de Travers, que ya había fallado el golpe, agarró con su mano derecha la muñeca que sostenía el arma. Travers se inclinó un poco hacia adelante y Baxter pasó su mano izquierda sobre el hombro del drogado, y bajo la barbilla. De haberse tratado de una demostración de judo, se habría limitado a agarrar la solapa del traje, pero ahora la cosa iba en serio y por eso aferró la barbilla de Travers con sus dedos, al mismo tiempo que bloqueaba el brazo armado contra su pecho.

Era una perfecta aplicación de la defensa contra *Kiri-oroshi o tajar con el sable,* de la cuarta *Kata,* segunda serie, según era descrita por los expertos de judo. Pero era preciso añadir algo de su parte y

por ello retorció la muñeca de Travers, hasta que los dedos perdieron tuerza y la navaja cayó inofensivamente al suelo.

Baxter soltó a Travers, quien se revolvió bestialmente, lanzando horribles imprecaciones. Baxter decidió dar por terminada la operación y alzó el antebrazo izquierdo. Travers recibió el impacto en pleno mentón y cayó como un saco.

Sonaron algunos aplausos. Leigh y algunos de sus hombres se precipitaron sobre el caído.

—Haced que le vea un médico, pero, sobre todo, que no haya escándalo —ordenó Honey—. ¡Gracias, Budd; has corrido un serio peligro…!

—No ha sido nada de importancia —sonrió el joven—. Pero, en lo sucesivo, mira mejor a ver quién entra en tu casa.

—Sí, es un buen consejo —admitió ella, a la vez que se mordía los labios—. Aunque pienso tal vez que es cosa de la competencia…

— ¿Cómo? —se asombró Baxter.

—No, nada, son cosas mías, no te preocupes. Verdaderamente, te estoy muy agradecida.

Un hombre se acercó a la pareja.

—Señora, Peter está bien. Sólo tiene un corte hondo en el brazo, pero no es cosa de importancia —informó.

—Gracias, Tommy —dijo Honey.

El individuo se retiró. Honey fijó la vista en Baxter.

—Me gustaría pagarte el favor que me has hecho —sonrió—. Yo ya soy vieja y gorda; de lo contrario, no dejaría que se te llevase ninguna de las chicas…

Pero Baxter no miraba a la dueña de la casa. Sus ojos estaban fijos en Billie Talbot, que se hallaba a pocos pasos de distancia.

Honey se dio cuenta y volvió la cabeza. Una ancha sonrisa se dibujó en sus carnosos labios.

— ¡Ven, Billie! —llamó.

—Sí, señora.

La joven se acercó. Honey la empujó suavemente hacia Baxter.

—Parece que el otro día le causaste una buena impresión —dijo.

—Bueno, yo no diría tanto…

—No seas modesta, niña. Anda, ve con él y has lo suficiente para que no tenga quejas de nosotros Budd, por supuesto, el gasto corre de cuenta de la casa.

—Eres muy generosa, Honey —sonrió Baxter.

—Simplemente, quiero agradecerte el favor que me has prestado, reduciendo a ese bastardo. ¡Vamos, niña, ponte en movimiento y no estés ahí parada como un poste! —se dirigió a Billie con no fingida aspereza.

— ¿Vienes, Budd? —dijo la chica.

—De mil amores —contestó Baxter.

* * *

Cuando entraron en el dormitorio, Billie, que vestía un traje muy parecido al de la anterior ocasión, aunque de color blanco, cerró la puerta con doble vuelta de llave y luego giró sobre sí misma, quedando apoyada en la puerta, con las manos ocultas por el cuerpo.

—Budd, tú no has venido para refocilarte conmigo

—dijo.

—Me parece que estás aventurando algo que puede no resultar cierto —sonrió él, a la vez que avanzaba hacia la chica.

—Entonces, me quitaré la ropa...

— ¡Espera, mujer! No tengas tanta prisa... a menos que quieras deshacerte de mí rápidamente. Pero yo te aconsejaría que recordases lo que ha dicho Honey: debes procurar complacerme y esforzarte para que quede contento.

—Sólo conozco un medio, Budd —dijo Billie, con voz tensa.

—Yo conozco otro procedimiento.

— ¿Cuál, por favor?

—Hablar.

Billie emitió un hondo suspiro y se separó de la puerta.

—Sí, creo que me conviene hablar —admitió.

CAPÍTULO IX

Baxter sacó una pitillera y ofreció un cigarrillo a la joven. Billie aspiró el humo un par de veces.

—Empiezo a sentirme aprensiva —manifestó, después de una pausa de silencio.

—Me considero tu amigo. Quiero ayudarte. Habla con toda sinceridad. Digas lo que digas, lo consideraré estrictamente confidencial.

—Muy bien. La verdad es que creo que me vigilan, Budd.

— ¿Quién?

—No sé. —Ella dio unos cuantos pasos nerviosos por la estancia —. Tengo la impresión de que alguien me sigue a todas partes y en todo momento. Pero sólo son sospechas; por ahora, no he podido confirmarlo.

— ¿No tienes idea de quién puede sospechar de ti, Billie?

La joven se pasó una mano por la frente.

—No tengo la menor idea... Francamente, creo que me he embarcado en un asunto superior a mis fuerzas..., pero ahora ya no puedo abandonarlo. Pienso en Cherry Coppins y en las otras dos chicas...

—Y te consideras en la obligación moral de seguir adelante hasta el fin.

Los ojos de color gris humo se clavaron en el rostro de Baxter.

—Sí, Budd.

—Muy bien, sigamos. ¿Qué ha averiguado tu amigo Charles Evanston?

—Muy poca cosa. Sigue investigando, pero esta misma tarde me ha dicho que le costará bastante conseguir un análisis definitivo.

—Yo he hablado con el teniente Jamison. También los expertos de la policía se sienten desconcertados. Pero antes hice un comentario, cuando hablaba con Honey, y la vi perder la compostura.

— ¿Qué clase de comentario, Budd?

—Dije algo sobre brebajes preparados por un hechicero. Esa clase de venenos desconocidos para los hombres blancos y que los brujos de las tribus salvajes tropicales, por lo menos, algunas tribus, consideran como secreto profesional. Tú ya me comprendes, ¿verdad?

Billie asintió pensativamente.

—Honey es brasileña. Vino a Estados Unidos hará unos veinte años. Creo que entonces era toda una belleza, pero, ya sabes, el tiempo lo estropea todo....Es posible que ella conozca ciertos secretos, que a nosotros nos resultan fantásticos; pero que, sin embargo, producen efectos mortales en las personas que son atacadas por esos venenos.

— ¿Has oído algo sobre el particular?

—No. Nadie ha comentado una cosa semejante, pero parece lógico que ella... Ahora es ya una verdadera bruja y quizá no pudo soportar que algunas de las chicas la abandonaran. Una cosa es cierta: el Salón Honey ya no es lo que era.

—Honey mencionó la competencia. ¿Qué sabes al respecto?

—Bart Duss ha montado un negocio parecido, aunque todavía mejor y... con mayores *alicientes,* si me entiendes. Es el Blue Cloud...

—Nube Azul —tradujo Baxter —. Debe de ser porque todo el que acude a ese salón, se siente transportado en una nube azul, ¿no?

Billie hizo una mueca.

—Yo no he estado allí —respondió.

—En cambio, yo pienso ir un día de éstos, para ver qué hay de cierto en lo de la competencia que tanto fastidia a Honey. De todos modos, me parece demasiado enviar a un tipo que se emborracha y toma drogas, para estropear la velada en esta casa. Un hombre en esas condiciones no razona... y tanto puede sentirse agresivo, como caer redondo debajo de la mesa. No, creo que debemos excluir a Duss, aunque sí convendrá que le haga una visita.

Baxter sonrió.

—Claro.

Billie se acercó al teléfono y habló brevemente unos segundos. Luego se situó frente al montacargas.

Baxter terminó el cigarrillo segundos después, **y** se inclinó para dejarlo en un cenicero, en el momento en que se oía el tintineo anunciador de que el pedido había llegado ya. Estaba vuelto de espaldas a Billie y por eso no pudo ver a la muchacha abriendo la puerta del hueco.

Repentinamente, oyó un grito espantoso.

Volvió la cabeza. Billie, tambaleándose como si hubiese recibido un golpe brutal, retrocedía trastabillando, para acabar por caer de través sobre la cama.

* * *

Asustado, pero no amedrentado, Baxter saltó hacia la muchacha.

— ¡Billie! ¿Qué te sucede? —preguntó, sacudiéndola por los

hombros.

Ella señaló con una mano hacia el montacargas.

—A...allí... Es... era una horrible visión... La cabeza de Charles... en lugar de la bandeja... Todavía sangraba...

— ¡Billie, estás...! —De pronto, Baxter se dio cuenta de que hablaba casi a gritos y que quizá había alguien escuchándoles. Bajó la voz—. Por el amor de Dios..., ¿es que has tomado algo?

Ella sacudió la cabeza espasmódicamente.

—No, una taza de café..., pero eso fue ya hace una hora... Te lo juro, Budd; estaba la cabeza de Charles... Era algo horroroso... Los ojos abiertos, sangre por el cuello y en la boca, y las narices...

Baxter frunció el ceño. Era probable que Billie dijese la verdad, aunque también podía tratarse de una cabeza de guardarropía, puesta en el montacargas, a fin de darle un buen susto. Ella le había expresado sus sospechas de haber sido seguida y espiada... y quizá el espionaje había culminado con aquella acción, encaminada a destrozar sus nervios de una manera definitiva.

¿Le había ocultado Billie algo ocurrido en su vida privada?

—Tenemos que marcharnos de aquí, Budd... —dijo ella, de pronto—, No puedo aguantar un minuto más...

—Espera —cortó él secamente—. Continúa aquí y no mires.

Baxter se fue hacia el montacargas y abrió las dos hojas de la pequeña puerta. Al otro lado estaba la bandeja con la botella, los vasos, el agua tónica y el cubo con el hielo.

— ¿Lo ves? —se volvió sonriendo hacia la muchacha—. Aquí no hay nada más que lo que hemos pedido.

Billie dirigió la vista hacia el montacargas. Baxter se dio cuenta de que ella parecía muy sorprendida.

—La imaginación te engañó —dijo Baxter—. ¡Anda, vamos a tomarnos una copa...!

Se interrumpió bruscamente. Acababa de oír un extraño sonido, una especie de chasquido de tonos opacos, como si hubiera caído de las alturas una gran gota de agua. Giró la cabeza y vio, sobre la bandeja, un círculo estrellado de vivo color rojo.

Miró hacia arriba. En el techo del montacargas se veía una mancha encarnada, de origen inconfundible. Así pues, Billie había dicho la verdad.

Y, de súbito, creyó comprenderlo todo.

Con aire completamente natural retiró la bandeja y cerró las portezuelas. Pero no intentó siquiera destapar la botella. Recelaba de su contenido.

—Billie, estamos en la primera planta —murmuró, junto a la chica—. Por encima de nosotros hay otra planta, también con habitaciones.

—Sí, así es...

—Aguanta todavía unos minutos, por favor; quiero hacer una prueba Pero mientras tanto, puedes ir cambiándote de ropa. ¿Tienes aquí unos pantalones?

—Sí...

—Póntelos y también alguna ropa de abrigo, peto que no te estorbe demasiado.

—De acuerdo.

Billie corrió hacia el ropero y sacó las prendas de ropa indicadas por Baxter. Inmediatamente, empezó a desnudarse, cosa en la que no empleó un tiempo excesivo, ya que debajo del vestido llevaba solamente unas braguitas. Al mismo tiempo, Baxter hacía una llamada por el teléfono dorado:

—Por favor, envíen otra botella de tónica. La que mandaron antes se ha derramado involuntariamente...

—Al momento, señor.

Acto seguido, Baxter se situó frente al montacargas, ya abierto, y esperó a ver el movimiento de los cables de remolque. Cuando el aparato llegaba a su altura, lo detuvo unos segundos con ambas manos.

Sí, había dos montacargas instalados sucesivamente y uno encima del otro. En el suelo del que correspondía al segundo piso, se veían aún ciertas manchas de humedad, de inequívoco significado. La cabeza de Evanston había sido retirada y la sangre lavada con gran rapidez.

Soltó el aparato, que reanudó su marcha ascendente, deteniéndose de nuevo al llegar a su verdadero destino. Baxter retiró la botella de agua tónica y luego se dirigió hacia una de las ventanas.

Billie terminaba su cambio de indumentaria. Baxter abrió la ventana, que daba a la parte posterior del edificio, y miró hacia abajo.

Torció el gesto. La altura resultaba un tanto excesiva, no para él, sino para la muchacha. Pero era la mejor vía de escape

Para ello, sin embargo, había un remedio. Fue a la cama y la deshizo, empalmando las dos sábanas mediante un fuerte nudo. Billie, ya equipada, le miraba con infinita curiosidad.

—Apaga la luz y ven —ordenó él.

Billie obedeció. Baxter ató una de las sábanas en torno a la cintura de la muchacha. Luego la hizo sentarse sobre el antepecho.

—Agárrate bien y baja sin temor. Soy más fuerte de lo que aparento —dijo, a fin de darle ánimos.

Ella asintió en silencio. Baxter la hizo descender suavemente, pero, de pronto, oyó su voz:

—Los pies no me llegan al suelo, Budd.

— ¿Hay mucha distancia?

—Un par de metros...

—No tienes otro remedio que arriesgarte. Flexiona las rodillas en el momento del choque.

—Está bien. ¡Suéltame!

Baxter abrió las manos. La longitud de la cuerda improvisada se había acortado considerablemente al tener que enrollarla en torno a la cintura de la chica. Y él no podía hacer lo mismo, pero estaba físicamente bien preparado, por lo que no sentía el menor temor a dejarse caer desde unos cinco metros de altura.

Durante un segundo, quedó suspendido por las manos del alféizar. Luego se soltó, haciendo una contorsión para girar en el aire mientras caía. En el instante en que sus pies tocaban el suelo, flexionó las rodillas a fin de amortiguar la violencia del impacto.

Inmediatamente se enderezó. Billie estaba a su lado y alargó la mano para cogería por el brazo. Pero en el mismo instante oyó una voz sarcástica que decía:

— ¡Bravo, señor Baxter! Han obrado ustedes exactamente de la forma que lo habíamos calculado.

* * *

El automóvil, grande, negro, corría velozmente por una carretera cada vez menos transitada. Baxter y Billie iban en el asiento posterior, junto con un individuo, cuya pistola no se separaba un solo momento del costado del joven.

Dos más viajaban en el asiento delantero. Uno era el conductor y el otro estaba vuelto hacia atrás, igualmente con la pistola encarada hacia Baxter. Saltaba a la vista que no pensaban dejar de vigilarles un solo segundo... hasta el final del viaje, cuyo destino, al menos para los dos, se adivinaba sin demasiadas dificultades.

De pronto, Baxter dijo:

—Juraría que ustedes y yo nos hemos visto antes.

—Es cierto —contestó el que estaba junto al conductor—. Usted nos jugó una mala pasada hace unas cuantas noches.

—Pero esta vez no tiene un bastón —dijo el que estaba en el asiento posterior. —Es que no soy profeta, como ustedes. De haberlo sabido, me habría traído un buen bastón. Ustedes, en cambio, adivinaron que la señorita y yo intentaríamos escapar por la ventana y nos aguardaron allí. ¿O quizá se lo indicó alguien?

Silencio. Baxter continuó al no recibir contestación:

—Vamos, muchachos, vamos. Puesto que nos van a liquidar, ¿qué objeto tiene mantener la boca cerrada?

—Hay mucha contaminación —respondió uno de los pistoleros con lúgubre humorismo.

—De cuyos perniciosos efectos quieren ustedes librarnos mediante unas dosis de plomo.

—Es nuestro trabajo, amigo.

—¿Y el jefe es…?

—No se moleste, no vamos a decírselo.

—Es que ya lo sé.

—¿De veras?

—Honey.

El pistolero soltó una atronadora carcajada.

—¡Qué mala puntería tiene usted! —exclamó.

En el asiento delantero del coche sonó un rugido de ira:

— ¡Cállate, Rudd, maldito charlatán! —dijo el conductor, furiosamente—. Y usted también, Baxter, cierre el pico.

—Bueno, es que si a un condenado a muerte no se le va a permitir hablar tan siquiera…

— ¡Basta! Rudd, si ese bastardo vuelve a abrir la boca, pártesela con el cañón de tu pistola.

—Está bien, Archie —contestó Rudd.

En el mismo instante, Baxter sintió una serie de presiones en su rodilla izquierda. Considerándole el más peligroso, viajaba en el centro del asiento, entre Rudd y Billie.

Volvió la cabeza. Billie le hizo una rápida señal con los ojos, sin dejar de mover sus dedos con un ritmo aparentemente irregular, pero que, sin embargo, tenía un significado inequívoco. Entonces recordó que la muchacha era también una experta, al menos, en el *Tae-kwondo* o *karate volador* y correspondió con una seña idéntica.

CAPÍTULO X

Archie detuvo el coche bruscamente. Baxter apreció que se hallaban en un lugar absolutamente desierto, en el que abundaban los árboles y los matorrales. Era el lugar adecuado para una ejecución.

Billie insistió en sus señales con los dedos, Baxter hizo lo propio. Sin necesidad de palabras, ambos habían llegado a un acuerdo para defender sus vidas.

— ¡Abajo! —ordenó Archie.

Su compañero se había apeado y les apuntaba con el revólver. Billie descendió en primer lugar, seguida por Baxter y Rudd

—Aquí se acaba la historia, ¿no es eso? —dijo Baxter.

—Caminen —gruñó Archie, hoscamente.

Baxter evaluó su posición. Archie y el otro estaban frente a ellos. Rudd quedaba a sus espaldas. Ahora debían echar a andar. Cuando hubiesen dado tres o cuatro pasos, tres revólveres vomitarían sobre ellos toda su carga.

Cambió una mirada con Billie y la adivinó mus pálida, pero resuelta. Hizo un levísimo gesto de asentimiento y, de repente, emitió un poderoso gritó:

— *¡Kiai!*

Billie gritó también. Era una voz que más procedía del diafragma que de la garganta; el impulso del espíritu "hecho ondas sonoras de incalculable potencia, pese a no emitirse con demasiadas estridencias. Pero surtía sus efectos en gentes desprevenidas.

Archie y el otro parecieron recibir un soplo invisible que les hizo vacilar. En el mismo instante, Baxter y Billie se alzaban en el aire, mediante sendos saltos simultáneos, como si se hubiesen entrenado previamente. Giraron longitudinalmente mientras ascendían y luego, ambos a una, dispararon sus pies derechos contra sendos rostros.

Se oyeron dos rugidos. Archie y su compinche cayeron de espaldas. Baxter se contorsionó como un gato, para caer al suelo, tocándolo con las yemas de los dedos y las puntas de los pies. Por encima de él sonó un disparo, pero Rudd, aturdido y desconcertado, tiraba al azar. Un segundo después, recibía en pleno mentón un terrible cabezazo que le privó del sentido instantáneamente.

Mientras, Billie se había enfrentado con Archie quien, tal vez más fuerte, estaba a punto de incorporarse. La chica agarró al sujeto

por un brazo y le hizo dar una tremenda vuelta en el aire.

Archie cayó de espaldas, con tremendo golpazo. Un gemido de agonía se escapó de sus labios. Pero era un Upo robusto y aún resistía. Baxter se encargó de él a continuación. Billie se iba hacia el otro pistolero, que trataba de levantarse. La chica disparó de nuevo su pie derecho. El zapato era de paseo, fuerte, de puntera cuadrada. Llegó a su objetivo y el pistolero se desplomó fulminado.

Mientras, Baxter se había apoderado de los brazos de Archie, sujetándolos por detrás. Dio un par de terribles sacudidas al pistolero y luego lo arrojó con indescriptible violencia hacia el automóvil. Archie se estrelló contra el lateral izquierdo y cayó de rodillas.

—Basta, basta… —gimió, sintiéndose irremisiblemente derrotado.

Baxter le retorció el brazo derecho, amenazando con rompérselo.

— ¿Quién? —preguntó—. Dime quién os ordenó liquidarnos o…

—Leigh… —jadeó Archie.

— ¿El jefe de seguridad de Honey?

—Y a él, ¿quién se lo ordenó?

—No sé… Nos dijo que aguardásemos al pie de la ventana…

—Es un tipo listo —admitió Baxter, entre dientes—. Calculó bien lo que haríamos después de ver la cabeza de Evanston.

—No sé quién es ese Evanston, nunca lo he visto —declaró Archie.

Sí, era muy posible, se dijo Baxter. En aquella clase de negocios, la mano derecha del que los dirigía no dejaba saber nunca lo que hacia la mano izquierda.

—Billie, busca los revólveres, descárgalos y tíralos a la maleza —ordenó.

—Está bien —contestó la chica.

Un par de minutos más tarde, informó que la orden había sido cumplimentada. Baxter miró a derecha e izquierda. Rudd y el otro continuaban sin sentido.

Soltó a Archie. El sujeto empezó a revolverse. Baxter le rozó la garganta con los dedos en punta. Archie se arrodilló, gorgoteando sonidos ininteligibles, con las manos puestas en el lugar afectado. Baxter lo agarró por los cabellos y lo arrastró unos metros fuera lejos del coche.

Luego regresó corriendo junto á la muchacha.

— ¡Vámonos, Billie!

El automóvil arrancó con un rugido. Cuando estuvieron de nuevo en la carretera, Baxter volvió la vista un segundo hacia la chica.

— ¿Billie?

Ella tenía la cabeza apoyada en el respaldo del asiento.

—He pasado mucho miedo —confesó.

—Pero has sabido vencerlo. Y eso es lo que cuenta... Por cierto, ¿dónde aprendiste las artes marciales?

—Una vez me asaltaron... Era seguramente un drogadicto. Llevaba una navaja y me despojó de cuanto llevaba. Aquel día me prometí que no volvería a sucederme jamás una cosa semejante.

—No cabe duda de que has sabido cumplir tu promesa. De no haber sido por tu ayuda, yo no habría sabido salir airoso de esta encerrona.

— ¿Entendiste mis señas?

—Sí, pensé que me las hacía la Gata Negra. Billie, eres una chica estupenda...

De pronto, Billie rompió a llorar.

— ¿Qué te pasa? —preguntó Baxter, sorprendido.

—Charles... Ha muerto... La culpa es mía por haberle pedido que me ayudase...

Sujetando el volante con una mano, Baxter palmeó suavemente las rodillas de la chica.

—Cálmate —aconsejó—. Conseguiremos que se haga justicia con sus asesinos. Pero tú tienes que pensar una cosa: debes sobrevivir, lo cual significa que no puedes volver a tu casa. ¿Has comprendido?

—Sí, Budd.

—Irás a un hotel discreto y... Bien, termínale de pensarlo por el camino. ¡Ah!, allá veo unas luces. Una estación de servicio, una cafetería... Debemos tomar algo para reconfortarnos, Billie. Sécate esas lágrimas y procura adoptar un aire más normal para que no nos miren con recelo.

Billie lanzó un profundo suspiro.

—Sí, Budd.

* * *

Llamaron a la puerta; Antes de abrir, Baxter escrutó a través de la mirilla. Sonrió complacido al reconocer a su visitante.

—Pase, Mónica —dijo, después de abrir la puerta.

La doncella vestía ahora un traje blanco, de punto, con guantes, bolsos y zapatos del mismo color. Sobre la .cabeza llevaba una especie de pamela de alas más bien cortas. Su aspecto juvenil resultaba encantador y reconfortante.

—He reñido con mi novio —dijo, sin más preámbulos.

—Cuánto lo siento...

—No sea embustero. Usted no lo siente en absoluto, Budd. Se alegra infinito de que haya recobrado mi libertad.

— ¿Tan presa se sentía?

—Era muy celoso.
—Ya. Venga y siéntese, Mónica; voy a buscar la cafetera.
—Gracias, Budd.
Momentos después, Baxter vertía el café en las tazas.
— ¿Y bien, Mónica?
—Usted quiere saber más cosas de los señores Drix.
—No lo negaré —admitió Baxter.
— ¿Por qué?
—Tengo cierto interés en ello...
— ¿Qué interés?
— ¡Oh, Mónica, vamos...! Ya se lo explicaré otro día. Pero ahora, créame, no puedo; me es absolutamente imposible.
La doncella paseó su mirada por todos los rincones de la sala.
— ¿Qué es usted? ¿A qué se dedica? —preguntó.
—Trabajo.
— ¿En qué?
—Mónica, ¿para quién espía usted; para mí o para el señor Drix?
—Es que... —Ella se mordió los labios—. La verdad es que no me gustaría verme complicada en un asunto sucio. La señora... hace cosas que no me gustan... A veces se viste como una pobretona... Bueno, no parece que vaya a pedir limosna, pero comparado con su forma de vestir habitual, que en todo momento parece que vaya a una fiesta, la ropa que se pone en ocasiones resulta muy pobre.
—Usted dijo que tenía un amante. Tal vez se viste discretamente, para pasar desapercibida.
—Sí, pero ¿por qué el señor Drix no se extraña y lo considera como la cosa más natural del mundo?
—El señor Drix me dijo que su esposa es la dueña del dinero y que no se atreve a contradecirla. –
—Bueno, al menos podría protestar por pura fórmula, ¿no?
—Mónica, estas cosas entre matrimonios sólo las pueden comprender bien los interesados y, a veces, ni eso. Ahora una última pregunta antes de empezar a hablar de otro tema.
—Si, Budd.
— ¿Cuánto tiempo hace que la señora Drix tiene un amante?
Mónica hizo un gesto ambiguo.
—Yo diría que unos seis o siete meses; no puedo precisar la techa con exactitud —respondió.
—Es decir, hace medio año aproximadamente, empezó a cambiarse de ropa.
—Si, eso es. ¿Cuál es el otro tema, Budd?
Baxter sonrió.
—Te has quedado sin novio —dijo.
—Y por ahora no siento ganas de complicarme la vicia con

nuevos amoríos. —contestó Mónica rápidamente.

De pronto, Baxter se dio cuenta de que Mónica era una chica mucho más lista de lo que aparentaba. En su aire juvenil, radiante, había una indudable nota de astucia. Una mujer muy viva y despierta, que sabía hacer uso indudable de "su alegre apariencia.

—Está bien, puesto que piensas así, no voy a obligarte a variar —dijo con fingido pesar—. ¿Más café?

—No, gracias. ¿Quieres que vuelva otro día?

Baxter movió la mano ambiguamente.

—Como gustes —respondió.

—Te llamaré por teléfono.

—Claro.

La entrevista podía darse por terminada. Baxter observó que Mónica vacilaba un instante antes de ponerse en pie, pero no le dijo nada. Antes, al contrario, sé levantó también.

De pronto, Mónica se colgó de su cuello y le besó fuertemente en los labios.

—Eres un chico admirable y me gustas mucho —dijo con gran vehemencia.

Baxter sonrió.

—Gracias, preciosa.

—Te llamaré pronto. Quieto conocerte mejor. Tal vez tú consigas hacerme olvidar a un hombre desagradecido.

—Seguro, Mónica.

Momentos más tarde, Baxter se quedaba solo.

Estimaba haber llegado a conocer Mónica. Bien mirado, resultaban lógicas las aspiraciones de la chica: conseguir un buen marido. Ahora ya no creía en el novio que la había dejado plantada. Mónica había intentado jugar su partida, eso era todo.

—Lo malo para ella es que yo he visto sus cartas —murmuró, mientras se servía» una copa—. Y aunque no fuese tan astuta, tampoco querría caer preso en sus redes.

Porque Baxter se sentía muy a gusto en su vida de soltero.

CAPÍTULO XI

Aquella misma noche llamó a la puerta del Blue
Cloud.

Un recio cancerbero, correctamente vestido, le investigó con toda minuciosidad. Baxter, impasible, enseñó su permiso de conducción, a fin de mostrar su personalidad.

—El señor no es socio del club —dijo el guardián. —No, pero, por supuesto, pagaré la cuota de admisión...

—Son quinientos dólares, señor Baxter. Tenga la bondad de seguirme y le expediré su tarjeta de socio...

De pronto sonó una voz imperativa:

— ¡Déjalo, Nate. Yo me encargaré del señor Baxter!

—Sí, señor Duss.

El cancerbero se alejó por una puertecita lateral. Baxter se enfrentó con el recién llegado, un hombre cincuentón, elegantemente ataviado y de sonrisa fácil y acogedora.

—George Washington Baxter —dijo el individuo.

—Sí. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Soy Bart Duss, propietario del club. Estoy suscrito a la Digest Press. Usted es el propietario, según creo...

—En efecto Señor Duss, usted sabe muchas cosas de mí...

Duss se echó a reír y agarró confianzudamente el brazo del joven.

—Venga, por favor; usted no necesita pagar la cuota de admisión en mi casa. Desde ahora, es socio de pleno derecho.

—Muy agradecido.

Baxter se dio cuenta de que avanzaban hacia una pared. Pero, de pronto, la pared se descorrió a un lado y vio un gran salón, decorado con un estilo estremecedoramente futurista y, sin embargo, con gran gusto. Abundaban los colores suaves: amarillo pálido, naranja, débil y fucsia. Los hombres vestían con ropas contemporáneas, pero las muchachas que se movían por todas partes parecían arrancadas de las páginas de una novela de ciencia ficción.

— ¿Qué es esto, señor Duss? —preguntó.

El dueño del club se echó a reír.

—Mi casa —contestó—. Venga y tomaremos una copa y, de

paso, me enteraré del porqué ha venido usted a buscar algo que suele encontrar fuera de aquí sin muchas dificultades y, por supuesto, de clase superior.

—Señor Duss...

—Bart, por favor.

—Bien, Bart, me deja usted atónito. ¿Qué le hace pensar que he venido aquí para buscar algo que suelo encontrar fuera sin dificultades?

—Su misma presencia, amigo mío. ¡Ah, aquí estamos bien...!

Duss se detuvo ante una mesa de cristal, junto a la que había unos cornudísimos sillones. Hizo una señal con la mano y una hermosa muchacha acudió en el acto.

—Betty, dos copas de lo bueno —pidió Duss.

—Al momento, señor.

La chica vestía un traje de una sola pieza, que parecía pintado sobre su cuerpo, de figura esbeltísima. Era, seguramente, la única prenda que llevaba puesta y, aunque parecía discreta y mesurada, la espalda, sin embargo, quedaba completamente al descubierto.

Duss ofreció un cigarrillo a su visitante.

— ¿Y bien, amigo Baxter?

—Voy a serle sincero. Ayer ocurrió un serio incidente en el Salón Honey. Supongo que habrá oído hablar de ese club, ¿no es cierto?

—Claro, se trata de un negocio similar al mío —sonrió Duss.

—Honey dijo que era probable que el incidente hubiese sido provocado por un sujeto a sueldo de usted.

En resumen, se quejó de la competencia, usted ya me entiende.

Duss lanzó una estentórea carcajada.

— ¡Esa Honey...! La pobre ve visiones donde no hay más que fallos y errores propios. Es como los que padecen manías persecutorias; creen que todo el mundo está contra ellos. ¿Comprende, amigo Baxter?

—Sí, desde luego.

Enormemente orgulloso, Duss movió el brazo en semicírculo.

—Mire —dijo—. Vea y compare, y no sólo las mujeres... El Salón Honey gozó de justa fama, pero está ya pasado de moda, anticuado, en suma. No han sabido renovarse y van a morir, en el sentido comercial de la palabra, por supuesto. Aquí se encuentran muchachas tan hermosas como las de Honey, incluso más; yo soy muy exigente en la elección de las chicas, ¿sabe? El ambiente es infinitamente mejor, y los precios también son más ajustados a la realidad, aunque, claro está, también ello depende, de los gustos del cliente. Pero la cuota de admisión, como habrá podido comprobar, es la mitad de la que cobra Honey. Es más, estoy pensando inclusa» en rebajarla tanto, que quede

reducida a una cifra meramente simbólica. El negocio marcha mejor cada día y... No, yo no necesito provocar escándalos para robarle la clientela a Honey. La verdad es que salvo unas pocas, la mayor parte de sus chicas son de poca categoría.

—Bart, está muy enterado de las interioridades del negocio de la competencia —observó Baxter.

—Tengo que estar bien informado, ¿no cree? Las quejas de Honey no son sino una infantil pataleta, el no querer admitir la realidad de las cosas, así de sencillo. La culpa de su fracaso, ciertamente, no es mía, a menos que se me acuse de saber llevar el negocio mejor que ella.

—Sí, eso es lo que estoy viendo. Parece que estemos en un ambiente del siglo próximo...

—A la gente le gusta jugar a la ciencia ficción. Les encanta hallarse en este sitio, que no parece de la época actual. Por otra parte, mis bebidas son de primerísima calidad, la discreción es absoluta y le juro que no se consume droga en absoluto. Un par de veces hemos sorprendido a clientes con la *hierba* y los hemos echado a la calle sin contemplaciones. Fuera les aguardaba ya un coche de la Brigada de Narcóticos.

—Es usted tajante, amigo Bart —sonrió Baxter.

—No quiero que mi negocio fracase por culpa de unos estúpidos que buscan absurdas sensaciones, que no saben hallar por sí mismos en una mujer hermosa o en un par de copas bebidas con mesura. Pero hay algo que querría preguntarle, Baxter.

—Diga —accedió el joven.

— ¿Se ha metido a detective privado? Porque mis informes son de que no tiene la licencia...

—Digamos que soy detective privado secreto.

Duss arqueó las cejas,

— ¡Esa sí que es buena! —se palmeó el muslo derecho con fuerza.

—Sólo actúo en casos que me interesan, sin que me llamen y sin cobrar un centavo en la mayoría de ocasiones.

—Detective por afición.

—Si lo quiere llamar de ese modo... —sonrió Baxter. Duss entornó los ojos.

—Han muerto tres chicas que habían dejado a Honey —murmuró—. Se supone que fueron asesinatos, aunque muy bien realizados, sin que nadie la pueda acusar de esos crímenes. Como tampoco la acusaron de la muerte de su esposo.

—Su marido murió borracho, atropellado por un automóvil...

—El automóvil lo atropello después de muerto.

Hubo un instante de silencio. Baxter comprendió que Duss sabía

muchas cosas. Era un hombre listo, inteligente y, sobre todo, con un magnífico servicio de información.

—El señor Graham fundó el negocio, en efecto, y lo hizo prosperar, pero Honey empezaba ya a perder su figura. Los años se le echaban encima y su esposo no acudía ya al lecho conyugal, porque encontraba más agradables otros lechos —añadió Duss.

—Y a Honey se le hizo insoportable la idea de verse postergada...

—Exactamente.

— ¿Piensa usted que Honey hizo matar a esas tres chicas?

—Lo creo sinceramente. Ya le he dicho antes que, aparte de otras fallas, su negocio va de capa caída, por la escasa categoría de las chicas. Las tres que murieron eran de mucha clase, de las que me gustaría a mí tener en el club.

— Ellas ya no querían seguir en la profesión.

—Algunas, en efecto, se cansan de esta vida. Entonces me lo dice, yo comprendo sus motivos, y ella se marcha con mis bendiciones. Ni les impido marcharse, ni les pregunto por qué quieren trabajar en mi club. Lo que si hago es seleccionar a las... aspirantes. No quiero medianías, ¿comprende?

— ¿Efectúa la *selección* por pruebas propias? —dijo Baxter, maliciosamente.

Duss hizo un gesto negativo.

—Tengo buen ojo clínico —contestó—. Y, aunque no lo crea, estoy casado, amo a mi esposa y tengo ya un par de nietecitos. Este es mi negocio… hago como los *barmen;* generalmente no prueban los licores que venden.

—Ya. —Baxter se puso en pie—. Ha sido una conversación muy instructiva. Francamente, no sé cómo agradecérselo.

— ¡Espere, hombre, no se marche así! —le interrumpió Duss—. ¿Qué prisa tiene? Quédese a probar la bondad de mis productos… ¡Janie! —llamó de súbito. .

Una hermosa rubia, de, figura curvilínea, pero perfectamente proporcionada, se acercó con una dulce sonrisa en sus labios.

— ¿Sí, señor Duss?

—Janie, te presento al señor Baxter, un buen amigo mío. Quiero que hagas lo necesario para que se vaya muy satisfecho y vuelva con frecuencia al club. ¿Entendido?

—Claro, señor Duss. —Las pestañas de la rubia aletearon insinuantemente—, ¿Quiere acompañarme, señor Baxter?

El joven tosió.

—Lo siento, hermosa, pero esta noche, precisamente, ya tenía un compromiso. Bart, se lo tome a mal —se volvió hacia el dueño del club.

Duss se encogió de hombros.

—Nunca hago fuerza para que nadie haga lo que no le conviene —respondió—. Gracias, Janie, puedes irte

—Sí, señor.

—Baxter, yo me imagino que ahora irá a ver a Honey —añadió Duss—. Dígale que no tengo nada que ver con sus fracasos, por favor.

—Lo haré, aunque no hoy, precisamente.

—Como quiera. En cuanto a lo otro. . Bien, eso ya es cosa suya. Y ahora, permítame, pero he de saludar a un viejo conocido...

Duss se alejó. Baxter caminó hacia la puerta.

El cancerbero le entregó una cartulina.

—Su tarjeta de socio, señor. Cortesía del Blue Cloud.

—Gracias.

En la calle, Baxter rompió la tarjeta en menudos trocitos y los dejó revolotear por el aire. Era difícil, se dijo, que volviese por aquellos parajes.

Pensó en Cherry Coppins mientras volvía a su casa. Ella 3 dos más habían muerto... pero ¿era realmente Honey su asesina?

Un veneno tropical, inidentificable... Venenos elaborados por hechiceros de tribus salvajes, perdidas en la jungla brasileña. . Sí, todo parecía acusar a Honey.

Pero no se le podía probar su intervención en los hechos.

* * *

La mujer salió de la casa y caminó por la acera, con aire apacible. Baxter la siguió discretamente, a prudente distancia. Lisa Drix vestía modestamente, aunque con dignidad. Parecía un ama de casa corriente y vulgar, en lugar de la dama sofisticada y elegantísima que había conocido días atrás.

Doscientos metros más adelante. Lisa Drix llamó a un taxi. Baxter, prevenido, hizo que su coche, conducido por Tim Koye, se acercase a la acera.

—He de seguir a ese taxi —adivinó el criado.

—Sí, pero con cuidado.

—El señor no debe preocuparse —aseguró Koye.

Media hora más tarde, el taxi se detuvo ante una casa de aspecto más bien vulgar Lisa se apeó, pagó la carrera y entró en el edificio.

Baxter abandonó también su coche. Koye tenía instrucciones de estacionarlo al otro lado de la esquina más próxima. Mientras, el joven buscó la escalera de incendios.

Anochecía ya. Baxter se detuvo antes una ventana del cuarto piso. Acababa de ver al otro lado un rostro conocido.

Situado junto al muro de ladrillo, advirtió que el hombre corría

las cortinas de la habitación. Con gran sigilo, levantó, un poco el bastidor de la ventana. Casi en el acto, oyó la voz de Lisa Drix.

—He tardado un poco más, porque me pareció que me seguían y tuve que hacer que el taxi diera unas cuantas vueltas para despistar al curioso —explicó la mujer.

— ¿Lo has conseguido? —preguntó el hombre con acento preocupado. >

—Puedes estar seguro, Leigh —dijo Lisa.

Leigh, repitió Baxter mentalmente, el hombre de confianza de Honey... y ahora amante de la señora Drix. ¿Amante o...?

—Tengo malas noticias para ti —dijo él.

—Leigh, por favor...

—Es preciso que lo sepas. Baxter y la chica consiguieron escapar.

— ¡Idiotas! —barbotó ella, coléricamente.

—Es un tipo muy hábil, ¡qué quieres que le haga! Y Billie no se queda atrás. Archie, Rupp y el otro quedaron molidos como si les hubiera pasado una apisonadora encima.

—Podías haberles dado veneno...

— ¿Allí, en el Salón? Tú estás loca. Bastante tuvimos ya con el asunto de Charles Evanston.

—Pero sus cuerpos habrían desaparecido...

— ¿Dónde? —contestó Leigh malhumoradamente—. Tú eres como la mayoría de la gente: crees que hacer desaparecer un cadáver es tan fácil como tirar una cerilla apagada por el imbornal de la alcantarilla. Hicimos lo que se debía hacer, pero fracasó.

—Leigh, te guste o no, la próxima vez no podrás fracasar o estamos perdidos.

—Mira, Lisa, no me hagas reproches, porque tú misma te encargaste de Baxter y fracasaste también en dos ocasiones: una, el tipo que le esperaba en el callejón, y la otra con Nick Forbes. Ahora, Billie ha desaparecido, cosa lógica por otra parte, pero Baxter continúa en la ciudad. Tarde o temprano, volverá al Salón. Entonces, me ocuparé personalmente de él.

—Y luego tendrás que buscar a la chica.

—La buscaremos, descuida, aunque, desde luego, el peligro está en Baxter. ¡Ah!; y del cuerpo de Evanston no te preocupes más.

—Está bien. ¿Has llamado a más chicas?

—Sí. Dos de ellas volverán pronto. No quieren recibir una orquídea escarlata.

Lisa soltó una carcajada.

— ¡El pobre Charles! —dijo—. El mismo nos facilitó la idea..., pero era preciso quitarle de en medio. Últimamente, se había vuelto demasiado exigente...

—Por cierto, ¿qué dice tu esposo de todo esto?

— Ah! Está conforme, como no podía por menos de suceder. A fin de cuentas, él fue quien inició el asunto. Y tendrá que seguir adelante.

—Sí, pero ahora él no está aquí —sonrió Leigh.

—No, no está —convino la mujer.

Baxter trató de atisbar por una rendija de las cortinas. En aquel instante, Lisa Drix empezaba a quitarse la ropa.

Ya no quiso seguir en el observatorio. Harto se imaginaba lo que iba a suceder a continuación.

Y había oído lo suficiente para trazar un plan que le permitiese llegar al desenlace del caso.

CAPÍTULO XII

El guardián le miró con asombro.

—Un poco temprano, ¿verdad? —sonrió Baxter—. Pero es que tengo que hablar con Honey urgentemente. ¡Ande, vamos, avísela y luego déjenos solos!

—Sí...; sí, señor —contestó el portero aturdidamente.

Baxter atravesó las cortinas y se detuvo en el gran salón inmediato, ahora completamente vacío. Las empleadas de la limpieza habían realizado ya su labor y el local estaba dispuesto para recibir a los primeros clientes que, no obstante, aún tardarían en aparecer, puesto que apenas había llegado el mediodía.

Honey apareció minutos después, envuelto su grueso cuerpo en una bata de cinturón mal anudado. Se había peinado apresuradamente y su moreno rostro aparecía limpio de maquillaje. Resultaba curioso ver sus cejas limpias, ya que no había tenido tiempo de pintárselas sobre los arcos superficiales, completamente desprovistos del vello natural.

—Budd, no me gustan las visitas a horas intempestivas —dijo malhumoradamente—. ¿O es que se trata de una broma de mal gusto?

—El ambiente no está para bromas. Honey —contestó Baxter con inusitada gravedad—. Ayer estuve hablando con Bart Duss. Me enteré de muchas cosas, incluida la muerte de tu esposo.

Honey se derrumbó bruscamente sobre una silla.

—Lo sabes ya —murmuró.

—Sí.

Hubo un ligero estremecimiento en el corpachón de la mujer.

—Lo maté yo —confesó sordamente—. Estaba celosa... Me hacía ya vieja y él empezaba a detestarme...

—Y le pusiste en su bebida ese veneno del que no se encuentran rastros, ¿verdad?

—Leigh me ayudó a sacar el cuerpo a la calle, después de haberle empapado bien Tas ropas de alcohol. Sin embargo, nunca pensé que me traicionaría.

— ¡Ah, ya sabes que te traiciona!

—He llegado a enterarme por ciertos indicios... De todos modos, no habría podido comprometerme, de no ser por Jimmy Drix. El sí me

vio poner el veneno en la copa de mi esposo… Desde entonces, me hace chantaje… Ahora, prácticamente, es el dueño del negocio.

—Drix y su esposa, claro.

Honey asintió silenciosamente.

—Pero el negocio empezaba a flaquear, porque, aparte de los precios, las chicas o se iban con Duss o abandonaban esta vida. Y era preciso hacer que volvieran. ¿Verdad? —continuó Baxter.

—Eso fue idea de Drix —exclamó Honey, vivamente—, Budd, te lo juro, yo no he tenido participación alguna en esos crímenes.

—Pero tuviste que consentir que se cometieran, para que el tuyo no fuese descubierto.

Honey bajó la cabeza.

—Estoy perdida —murmuró—. Ya todo me da igual…

—Honey, si declaras ante la policía, siempre habrá un tribunal benevolente, que tendrá en cuenta lo que digas voluntariamente. Un buen abogado puede alegar locura transitoria, motivada por los celos…, pero lo que sucedió con Cherry Coppins y las otras dos chicas es demasiado grave. Sin contar con la muerte de Evanston, en la que, supongo, no tuviste parte alguna.

—No sé quién es ese Evanston —dijo Honey.

— ¿Cómo? —exclamó Baxter, sorprendido—. Entonces, ¿a quién entregabas el veneno?

—Si me permite el inciso, le diré que me lo daba a mí, señor Baxter —sonó de pronto una voz cerca de la entrada.

* * *

Baxter se estremeció ligeramente, aunque no volvió la cabeza.

—No esperaba que viniese tan pronto, señor Drix —dijo.

—Ni yo esperaba verle aquí. Honey me llamó con mucha urgencia…

— ¡Eso no es cierto! —protestó la aludida vivamente.

Baxter se volvió. Drix parecía sentirse desconcertado. Su esposa se hallaba al lado, mirándole con ojos de verdadera furia. En la mano de Drix brillaba el metal de una pistola provista de silenciador.

— ¿No me has llamado tú? —dijo Drix.

—Una buena amiga me hizo el favor de imitar la voz de Honey —explicó Baxter, apaciblemente—. No la había oído nunca, pero yo le indiqué el tono aproximado e hicimos unos cuantos ensayos, hasta lograr un resultado satisfactorio. Naturalmente, no hubiera aceptado una cita mía en esta casa, pero sí acudió al creer que la llamada procedía de Honey.

—Es usted muy listo, endiabladamente listo, pero todo eso se ha acabado ya —dijo Lisa Drix con voz trémula por la rabia—. Hasta

ahora tuvo una suerte inmensa con nosotros. Se le ha terminado la buena suerte, Baxter.

—Es algo que no puede durar siempre, señora. Como a ustedes no les podía durar siempre el negocio que suponía este salón, en el que no habían invertido otro dinero que el que se gastó su esposo hace algún tiempo, precisamente la noche en que sorprendió a Honey poniendo veneno en la copa de su marido. Lo que no he logrado entender es cómo pudo llegar a las habitaciones particulares de la señora Graham.

—Andaba merodeando en busca de la cartera de algún descuidado —intervino Honey—. Me lo explicó luego... cuando va estaba en sus manos.

—Honey, aunque tú envenenases a tu esposo, la palabra sola de Drix no era suficiente para acusarte ante un tribunal. ¿Cómo pudiste dejarte engañar de tal manera?

—Jimmy consiguió poner de su parte a Leigh. Yo., yo no podía hacer otra cosa...

—Pero el negocio empezaba a flojear, y no sólo por la competencia de Bart Duss. Las chicas mejores se habían marchado y no querían volver. Era preciso conseguir que regresaran para animar el salón. Los clientes, a los precios que aquí se cobraban, eran muy exigentes y empezaban a desertar. Sin embargo, tres mujeres se negaron a seguir ejerciendo la prostitución y alguien ideó los envíos de las orquídeas escarlatas, para atemorizarlas y conseguir que variasen su postura. Naturalmente, contaban para ello con el infalible veneno de Honey, estudiado e investigado por un buen químico como era Charles Evanston, muy necesitado de dinero por otra parte. Señor Drix, ¿cuántas chicas quedaban todavía en su lista?

Drix apretó los labios.

— No se lo diré —repuso.

—Claro, ¿de qué serviría? Además, ya no va a enviar más orquídeas escarlatas. Esto se ha acabado, Jimmy.

—Usted lo ha dicho...

La mano de Drix se crispó un instante. Su esposa extendió el brazo.

—Aguarda un momento, Jimmy —pidió—. Antes de que dispares, quiero que el señor Baxter me diga cómo llegó a sospechar de nosotros. Es decir, si no le importa...

— ¡Oh, en absoluto! —contestó el aludido, con placentero acento—. Yo no podría negar nada a Laura Smith. —Vio que Lisa palidecía y sonrió—. Por cierto, ¿dónde guarda la peluca gris con la que se echa quince años encima, '.parte de maquillarse el rostro para que parezca el de una cincuentona?

—Sabe eso también —dijo Lisa, con voz sorda. .

—Sí, lo sé. Usted era la mujer que alquiló un despacho, con teléfono y contestador automático de llamadas, mediante el cual contrató los servicios de un sujeto llamado Nick Forbes, nombre, sin duda, sugerido por Leigh, buen conocedor de cierta clase de tipos capaces de hacer cualquier cosa por dinero. Además, ese despacho le servía para estar *£n* contacto con el propio Leigh; era conveniente que sus llamadas no fuesen dirigidas al teléfono de su propia casa. ¿Me equivoco, señora?

—No, pero aún no ha contestado a mi pregunta.

— ¡Oh, sí! Disculpe... Es bien sencillo. Cuando fui a visitar a su esposo, él me dijo que usted era una mujer terriblemente celosa. En aquel mismo instante, supe que me engañaba.

— ¿Por qué?

—Una mujer celosa no habría tenido en casa, como doncella, a un *bombón* llamado Mónica Eltham. Mónica es la tentación hecha realidad, señora.

— ¡Pero yo siempre te fui fiel, Lisa! —gritó Drix.

—En cambio, ella no puede decir lo mismo. Es la amante de Leigh.

— ¡Miente, es una mentira inmunda! —gritó Lisa, descompuesta.

—Señora, ayer por la tarde fue usted a una casa situada en la calle Noventa y Dos Oeste, en el número ochocientos veintisiete. ¿Quiere que le repita palabra por palabra, la conversación que sostuvo con Leigh, hasta el momento en que empezó a quitarse la ropa?

—Lisa —dijo Drix, con acento dolorido—. Nunca imaginé que tú...

— ¡Cállate, maldito imbécil! —le apostrofó ella—. Todo he tenido que hacerlo yo prácticamente... ¡Dame esa pistola! ¡Dámela, te digo! Baxter tiene que morir y tú no eres lo suficiente hombre como para apretar el gatillo.

La pistola cambió de mano. En el mismo instante, Honey lanzó un chillido agudísimo.

— ¡No! ¡Basta de crímenes! —dijo, a la vez que se ponía en pie y corría hacia adelante.

Su pecho tropezó con el proyectil que salía de la boca del arma en el mismo momento. Pero el impulso era demasiado fuerte y cayó hacia adelante, derribando a Lisa, que gritó horriblemente.

Al caer, Lisa perdió el revólver. En el suelo forcejeó desesperadamente para quitarse de encima los ochenta kilos de peso de Honey, que gemía sordamente.

Drix se abalanzó hacia el arma. Baxter lo agarró por el brazo izquierdo y lo hizo girar en redondo, para que quedase frente a él. Sin

solución de continuidad, golpeó sucesivamente su estómago y su mandíbula. Drix lanzó un gruñido y perdió el conocimiento.

En el mismo instante, Baxter sintió que algo duro se apoyaba en sus riñones. No perdió tiempo en hacer preguntas ni especular sobre la personalidad del recién llegado. Girando vertiginosamente, golpeó la mano armada con su codo derecho. Luego, las manos juntas, movió ambos brazos, buscando el tórax del sujeto.

Leigh saltó violentamente hacia atrás, con los brazos abiertos, mientras su pistola volaba en dirección opuesta. Pero era un individuo muy fuerte y se rehízo en el acto, arrojándose contra su antagonista, a la vez que emitía interjecciones.

Baxter le dejó llegar a él. En su último instante, alargó ambas manos y asió al sujeto por las solapas de su chaqueta, a la vez que se dejaba caer de espaldas. Leigh le siguió en la caída. Los pies de Baxter se elevaron para apoyarse en el estómago del sujeto, quien continuó su vuelo con tremendo ímpetu, para estrellarse contra el pavimento a unos pasos de distancia.

Lisa había conseguido apartar a un lado el cuerpo de Honey y se levantaba ya. Pero se convirtió en una estatua al oír una intimación que no podía desobedecer:

— ¡Alto! ¡Policía! ¡Quieto todo el mundo!

Varios hombres de uniforme irrumpieron en el salón. Jamison los capitaneaba. Lanzó una mirada a su alrededor y meneó la cabeza.

—Baxter, es usted un ciclón —dijo—. Pero abrigo la sensación de que me ha avisado con unos minutos de retraso.

Baxter se ajustó el nudo de la corbata.

—El caso está resuelto —respondió—. El señor y la señora Drix, y también ese tipo llamado Leigh, le explicarán muchos' pormenores del asunto. Por cierto, haga hablar a Leigh. Él le dirá dónde puede encontrar un Cuerpo con la cabeza separada del tronco.

— ¡Rayos! —se sobresaltó el policía.

Baxter se arrodilló junto a Honey. Los ojos de la brasileña estaban ya vidriosos. En su pecho no se advertía el menor movimiento.

Se incorporó. Con el mentón señaló a Lisa.

—Ella lo hizo —acusó.

Lisa bajó la cabeza. Un policía le puso las esposas en la muñeca. Mansamente, se dejó llevar fuera,

—Iré a verle más tarde, teniente —dijo Baxter.

—Está bien —respondió Jamison.

* * *

—Drix empezó a galantear a Cherry, pero no porque se hubiese

enamorado de ella, sino porque sabía era la que más se resistía de todas las que habían abandonado el Salón Honey. La noche en que la conocí, Drix la abandonó, porque sabía iba a recibir ya la orquídea escarlata, preparada precisamente por tu buen amigo Charles.

— ¡Oh, me engañó miserablemente...! —se lamentó Billie al otro lado de la línea telefónica.

—Desempeñó junto a ti el mismo papel que Drix respecto a Cherry. Tenía que hacerlo, porque también estaba complicado en los crímenes y sabía que tú habías empezado a investigar por tu cuenta. Pero cuando pidió más dinero, no se lo dieron y amenazó con contarlo todo a la policía, decidieron quitarlo de en medio.

Billie suspiró.

—Ahora lo comprendo todo —dijo—. Budd, no sé cómo darte las gracias. Estoy viva gracias a ti...

—No vuelvas más a pisar un sitio como el Salón Honey —aconsejó Baxter.

—Ya lo había dejado, pero cuando supe que Cherry y las otras dos murieron, decidí regresar para poder investigar mejor desde adentro. Aun así, no pude evitar el asesinato de Cherry...

—No tienes nada de qué reprocharte. Billie. Demasiado hiciste y demasiados riesgos corriste.

—Estoy viva gracias a ti, Budd.

—Lo mismo puedo decir yo.

—Budd —preguntó ella, ansiosamente—, ¿nos veremos algún día?

Baxter vaciló.

—Deja que pase un poco de tiempo —respondió al cabo.

—Sí, creo que conviene. Adiós.

—Adiós.

El teléfono volvió a su sitio, pero por poco tiempo. Antes de medio minuto, Baxter había hecho otra llamada.

— ¿Melocotón de Oro? ¿Sí? ¿Eres tú, preciosa? ¿A qué hora quieres que te espere?

Mónica le citó para las seis de la tarde. Baxter impuntual, pero cuando llegaba a la casa, la vio salir corriendo presurosamente.

Ella pasó por su lado sin hacerle caso. Baxter, atónito, se volvió, en el momento en que la chica saltaba al cuello de un tipo grandullón, con gafas y corbata de lazo, de aire un tanto estúpido y no mucho mayor que Mónica.

— ¡Tom, Tom! —la oyó gritar—. Al fin has vuelto... ¡Oh, cuánto te he echado de menos...! Ahora podremos casarnos, ¿verdad, cariño?

—Sí, querida —contestó el joven con aspecto de profesor universitario—. Cuando te parezca...

Todavía coleada del cuello de su prometido, Mónica miró a

Baxter por encima de su hombro y le guiñó un ojo, a la vez que agitaba levemente la mano "derecha, como diciéndole adiós. Baxter sonrió, mientras acercaba a su cara el enorme ramo de rosas que había llevado como obsequio. Lentamente, dio media vuelta y caminó en busca de su coche, que había dejado a poca distancia.

De pronto, vio a una pareja que venía en dirección contraria. Aunque no los había visto más que una vez, los reconoció en el acto.

El hombre, y la mujer se detuvieron, asustados. Baxter, galante, le entregó el ramo de flores a ella.

—Señora, aunque el bastón era de su esposo, permítame que le ofrezca estas rosas a modo de desagravio —dijo.

Y se alejó, sin esperar la menor respuesta por parte de ninguno de los dos.

—Estos jóvenes de hoy día están todos locos, Sam —dijo ella.

—De remate, Nancy —contestó el marido—. Si esto sigue así, llegará un momento que no podremos salir a la calle.

La mujer sonrió, mientras aspiraba el perfume de las rosas.

—Pero algunos jóvenes locos son muy simpáticos —dijo.

Y volvió la cabeza.

Baxter caminaba alegremente, silbando, con las manos en los bolsillos. Sentíase contento, pese al chasco que se había llevado con Mónica.

Y había resuelto un caso que se había presentado muy complicado en sus inicios. Si lo que había hecho servía de algo, Cherry Coppins podía descansar tranquila en su tumba.

F I N



¡KIA

HEROES DE LAS ARTES MARC

EDITORIAL BRUGUERA
en su nueva Serie tit

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventu
puñado de esforzados personaje
puesto sus conocimientos en A
CIALES al servicio del BIEN y de
CIA.



¡KIAI!

es la voz que define la proyecció
de la fuerza vital que todo hom
y que los BUDOKAS han sabido
hasta límites asombrosos, com
más, alcanzado en el transcurso
camino emprendido en pos de
ción, tanto física como moral.



APARICION SEMANAL. ASE
RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUE

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELON

PRECIO EN ESPAÑA: 3

Impres